

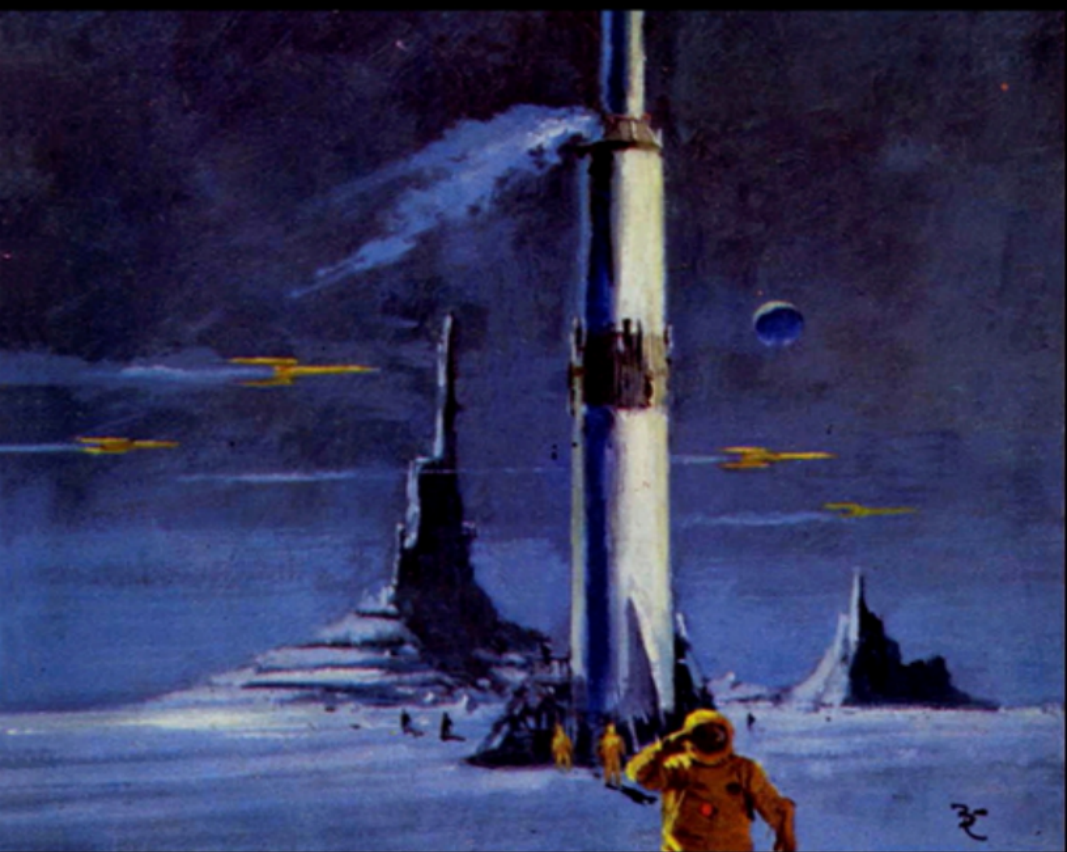
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

DECISION Y AUDACIA

j. chandley

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

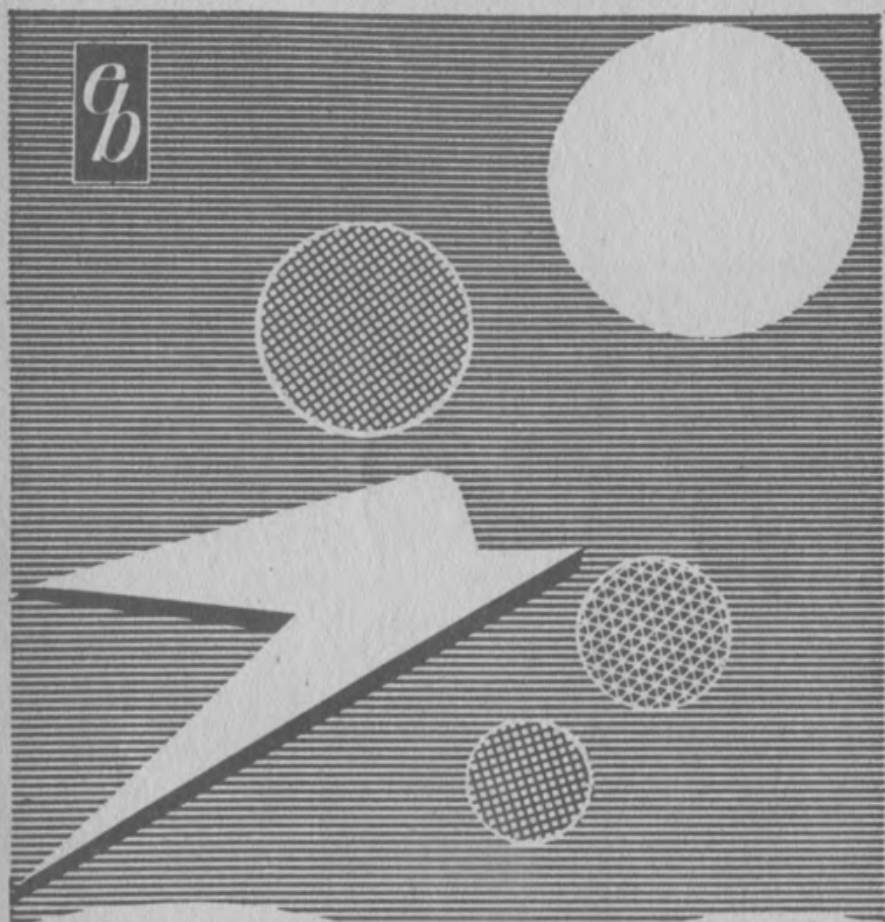
ESPACIO

DECISION Y AUDACIA

j. chandley

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO



J. CHANDLEY

DECISION Y

AUDACIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 118

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.652-1972

Impreso en España- Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1972

© J. CHANDLEY -1972

texto

© ANGEL BADIA -1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de

EDITORIAL

BRUGUERA,

S.

A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos

los

personajes

y

entidades

privadas

que

aparecen en esta novela, así como las situaciones

de

la

misma,

son

fruto

exclusivamente

de

la
imaginación
del
autor,
por
lo
que
cualquier
semejanza
con
personajes,
entidades
o
hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

113 — El planeta tenebroso, *Ralph Barby*

114 — El invento, *Marcus Sidéreo*

115 — Soy... el último, *Curtís Garland*

116 — Los hibernados, *Adam Surray*

117 —El buscador de energía, *Glenn Parrish*

CAPITULO PRIMERO

Desde Control dieron la orden:

—¡Atención, atención! Comandante de la astronave «6-R». Listo para el despegue.

La astronave no se hizo esperar más e inició su camino espacial.

Los tripulantes de aquella misión ultrasecreta sabían de su gran responsabilidad, de lo que se esperaba de ellos.

Se les había encomendado una misión, la de terminar de una vez con la acción de unas naves piratas, procedentes de una galaxia desconocida.

Sabían positivamente que sus enemigos raptaban habitantes de la Tierra y cometían infinidad de sabotajes.

La orden era tajante: terminar con ellos de una vez.

Por informaciones que obraban en el Alto Consejo de la Tierra, invariablemente, se conocía la ruta que seguían sus enemigos para sus misiones de rapto y destrucción.

Así pues, el comandante de la astronave, Richard Daln, comunicó ya situados en el espacio sideral:

—Establecer la ruta X-Y-2. Permanecer alertados en

— 7

todo momento y comunicar cualquier novedad por ínfima que sea.

El subcomandante Roger Wood comprobó los aparatos de a bordo, hizo una corrección y comunicó:

—Ruta X-Y-2 establecida.

El teniente de comunicaciones Raymond Tate, indicó a su vez:

—Operación de rastreo en marcha. Sin novedad por el momento.

A continuación se oyó la voz del oficial de balística, Robert Bur:

—Dispositivos de defensa y ataque a su punto.

Más tarde el mecánico primero de a bordo, Ronald

Laitin, anunció:

—Motores a pleno rendimiento.

Y por último el segundo mecánico, Ronie Dale, dio

su novedad:

—Tanques de combustible y carga de baterías, normal.

Daba la casualidad que los componentes de la tripulación tenían sus nombres comenzando por R, de ahí que la bautizaron con la singla «6-R».

—De acuerdo y repito lo dicho, mucha atención al espacio —recomendó de nuevo el comandante.

Habían dejado ya el Sistema Solar y surcaban por otra galaxias, cuando cundió la alarma.

El teniente Raymond advirtió:

—El detector señala un cuerpo extraño y móvil a cuarenta y cinco grados Este.

—Fijar rumbo y no pierdas de vista ese punto —indicó el comandante.

En efecto, en la pantalla visora, por momentos que8 —daba más definido aquel cuerpo extraño que descubrió el teniente.

A simple vista ya lo distinguían los demás componentes de la tripulación.

La orden del comandante fue tajante:

—Preparados para el ataque. Antes de entrar en acción tenemos que identificar si se trata de una nave enemiga.

Sabían por datos recopilados en cuantas incursiones hicieron a la Tierra aquellas naves enemigas, que iban revestidas de un color amarillento y que en su parte superior estaban coronadas por una especie de torreta.

A poco se convencieron de que la ruta que se les había ordenado, la X-Y-2, era la que invariablemente elegían para aproximarse a la Tierra y que ya no tenían dudas de que se trataba de la nave pirata.

—Atención todos... Hay que salirse del campo de acción frontal para iniciar nuestro ataque con éxito.

Dijo el comandante a tiempo que maniobraba para tomar una posición propicia.

—Todos sabéis vuestra misión y lo que esperan de nosotros...

No pudo terminar de decir lo que quería, porque una sacudida se notó en la astronave.

El comandante ordenó:

—Más potencia a los impulsores.

La nave pareció dar un salto y redobló su velocidad describiendo una parábola alrededor de la nave enemiga.

Cuando la nave enemiga quedó centrada en el visor electrónico, el oficial Robert Bur pulsó los dispositivos para emitir una andanada de rayos Alba.

Dieron de lleno en el blanco y aunque se vio que

por un momento el objetivo se tambaleó como perdiendo el rumbo, no dio el resultado apetecido.

Maniobraron de nuevo para colocarse en posición propicia.

La nave enemiga intuyó sus intenciones e inició una veloz carrera de aproximación.

—Si nos cogen en su campo frontal, contar con la desintegración, muchachos.

La tensión de a bordo estaba en su punto álgido, pero todos confiaban con su comandante y el oficial de balística Robert Bur.

Lograron zafarse de las intenciones de la nave amarilla e iniciaron un nuevo ataque.

El comandante Richard ordenó:

—Carga de rayos Alba al infinito.

El oficial Robert siguió las instrucciones, manipuló en los dispositivos de carga y cuando lo tuvo a punto, comunicó:

—Listo rayos Alba infinito.

Tras otra maniobra de corrección que tuvieron que realizar para adquirir cierta ventaja, nuevamente quedaba la nave enemiga en campo de tiro.

—¡Ahora! —gritó el comandante.

Acto seguido se vio un destello fulgurante y la nave enemiga quedaba desintegrada en el espacio cósmico.

—¡Magnífico, Robert! Estás inconmensurable.

—¡Hurra! Has dado en el «amarillo» —gritó sin poderse contener el subcomandante Roger.

—¡Qué tío el comandante...! —expresó Ronald admirativo.

—Ya lo creo; vale mucho —corroboró Ronie.

Richard Daln era un hombre fornido, de facciones viriles y carácter abierto.

10-

Por su inteligencia, por su facilidad de reflejos, ya le habían sido encomendadas varias misiones de suma responsabilidad.

Desde mucho tiempo que se auxiliaba de los mismos componentes de la tripulación, por lo que a bordo reinaba una franca camaradería y la compenetración era absoluta.

Todos le respetaban y querían, y sabían seguir sus bromas y cumplir al máximo con sus obligaciones cuando el caso lo requería.

Estas circunstancias contribuían que en donde los demás fracasaban, eran un éxito para la tripulación de la «6-R», el vehículo interplanetario que ya estaba gozando de fama mundial.

Pero la euforia que reinaba a bordo no duró mucho.

El teniente Raymond, encargado del rastreo sideral, dio la voz de alerta nuevamente:

—Las pantallas detectan sendos puntos al norte de nuestra posición.

—Muchachos, rápido, cada uno a su puesto —indicó Richard.

Lo que las pantallas detectaron no tardó en hacerse visible aproximándose hacia su posición a gran velocidad.

Comprobaron que se trataba de dos naves de las mismas características de la que habían destruido.

Por lo visto, en la primera andanada de rayos Alba, les debió dejar malparados y solicitaron auxilio.

Pero gracias a la pericia del comandante y del oficial de balística, los refuerzos llegaban tarde.

La cuestión se presentaba mal para la «6-R», pues dadas las velocidades que se desenvolvían en el espacio cósmico, el librarse y destruir a dos naves conjuntas era un problema más que imposible.

— 11

—Atención a todos. No tengo que ocultaros que la cosa se pone fea. No obstante, haremos todo lo posible para salir airosos. Así que cada uno en cuerpo y alma en su cometido y... suerte.

Las naves amarillas se iban aproximando cada vez más y los tripulantes de la «6-R» pudieron apreciar perfectamente que se mostraban cautelosas, adoptando unas posiciones de ventajoso ataque.

La preocupación esencial del comandante era salirse del campo fatídico del enemigo que, en este caso, quedaba multiplicado por dos.

Con los impulsores al máximo rendimiento, hizo un amago, para ganar espacio de maniobrabilidad, pero en la fracción de unos segundos que se mantuvo ante el campo de acción de las naves amarillas, recibieron una

sacudida que por unos momentos perdieron el control

de su ruta.

No obstante, lograron hacerse con el control de la

nave y tomar una posición propicia a sus fines.

Robert centró cuanto pudo el visor en la nave amarilla que se mantenía a su derecha y soltó la andanada de rayos Alba al infinito, que por experiencia anterior

ya sabía que eran los efectivos.

La nave quedó pulverizada y nuevos ¡hurra! sonaron

entre la tripulación.

El comandante comentó:

—Por ahora nos sonríe el éxito.

—Sí, ya dos naves desintegradas de las que ya no

se tendrá que temer cometan más fechorías —comentó

Roger.

—Pues ahora, prestos para ir a por la otra.

La otra que aludía Richard había adoptado precauciones en vista de la contundencia de la «6-R», y cam-12 —

biaba continuamente de posición para evitar ser alcanzada por aquellos rayos destructores.

—Esta nave se lo huele ya —comentó jocosamente

Robert, que no quitaba la vista de encima de su visor

electrónico, tratando de centrarla en su campo de acción para soltarle la correspondiente andanada.

—Resulta un tanto escurridiza, en efecto —musitó el

comandante Richard.

Pero él también centraba todos sus esfuerzos en hallar

la oportunidad de cualquier fallo del enemigo y aprovecharlo para anularlo de una vez.

Cuando menos lo esperaban, el teniente de comunicaciones y rastreo anunció:

—Se registra en la pantalla tres puntos extraños.

Puede tratarse de otras tantas naves.

La tensión aumentó. Con eso no contaban.

La situación se estaba poniendo más difícil todavía.

Como sucediera con los encuentros anteriores, a poco ya podían divisarlas perfectamente.

En efecto, ahora tres más acudían en socorro de aquellas que habían mandado a interceptar la «6-R».

—Vamos a intentar destruir ésta y tendremos una menos.

Ya se encontraban en una posición óptima para el logro de sus deseos, cuando una sacudida brusca se produjo a bordo de la nave.

Inmediatamente, el primer mecánico comunicó:

—El turboimpulsor de la derecha ha quedado agarrotado.

—Pues hay que hacerlo funcionar, Ronald. Que te ayude Ronie.

Se pusieron manos a la obra inmediatamente. Conectaron el detector electrónico que les indicó dónde

— 13

estaba la avería, disponiéndose a reemplazar la pieza.

Pero esta fracción de tiempo les iba a resultar fatal

para lograr sus propósitos.

La pérdida de maniobrabilidad llevó consigo que las otras naves amarillas les tuvieran sometidos en su radio de acción.

Una nueva sacudida, esta vez más fuerte, conmovió la nave que, como consecuencia, tuvo la avería del turboimpulsor de la izquierda.

Ronald y Ronie dieron la voz de alarma.

El comandante soltó una imprecación:

—Estos majaderos van a lograr sus propósitos.

Accionó con rabia los mandos del turboimpulsor superior e inferior.

Sus esfuerzos fueron inútiles, las cuatro naves amarillas les tenían rodeados, cazados.

Lo curioso del caso era que no les sacudieron más con aquellos proyectiles invisibles o lo que fuera. Se mantenían a su alrededor.

En vista de lo cual, Richard transmitió la orden a Robert:

—No hagas uso de los rayos hasta que te dé la orden.

—Bien, Richard.

—Raymond, comunica a nuestra base que estamos atrapados.

El aludido intentó establecer comunicación, pero algo extraño sucedía que no recibía señal alguna.

—Richard, la comunicación está bloqueada por una interferencia.

—Pues haz uso de la ultrasónica, caramba.

—Ya he probado y con resultado negativo.

14 —

—Entonces, no nos queda más remedio que esperar a ver lo que pasa.

No tardaron en saber las intenciones de quienes les habían rodeado.

A poco, los turboimpulsores superior e inferior de la nave dejaron de funcionar, así como todos los mecanismos de a bordo quedaron a cero, lo mismo que la intercomunicación.

Tuvieron que hacer uso de la viva voz.

Roger le dijo a Richard:

—Comandante, los paneles están a cero.

—Yo lo he visto. La comunicación tampoco funciona, los motores igual...

A poco apareció Robert:

—La batería de rayos Alba ha quedado anulada.

—¡Vaya! La única esperanza de defensa que nos quedaba, también se ha ido al traste... Preparaos todos para cualquier emergencia.

Procedieron a equiparse convenientemente a tiempo que notaban que les iba entrando un sopor que iba anulando paulatinamente sus movimientos, hasta que quedaron desvanecidos.

CAPITULO II

Cuando volvieron en sí, con estupor comprobaron que seguían estando dentro de la nave, pero posados sobre una plataforma.

A través de las escotillas, luego que sus mentes se aclararon, comprobaron que aquello se trataba de un hangar gigantesco iluminado por una consistente luz roja.

Su extrañeza creció al darse cuenta de que las puertas de acceso a su nave estaban abiertas.

El comandante Richard no salía de su asombro al descubrir semejante hecho.

—Esto es muy raro. Todos sabemos que el cierre es automático y hermético. Por otra parte, tenemos el seguro manual... Roger, el subcomandante, expuso:

—Una vez cerradas, es imposible abrirlas.

Apoyó lo dicho por Roger el teniente encargado de comunicaciones y rastreo, Raymond Tate:

—En efecto, el cierre queda bloqueado por el freno de seguridad.

Les parecía increíble que aquel hecho fuera una realidad.

Se fijaron más en cuanto les rodeaba.

16 —

Aquel hangar o lo que fuera, estaba formado por

muros inmensos, completamente lisos y en el techo había un hueco de un diámetro de la misma superficie de la plataforma sobre la que se posaba su «6-R».

El comandante suspiró y dijo:

—Bueno..., al menos estamos vivos y siempre queda aquello que decían nuestros antepasados, que mientras hay vida hay esperanza.

—Sí, desde luego —comentó Roger, no muy convencido de salir con bien de todo aquello.

Richard captó su desaliento y trató de infundirle ánimos:

—Mira, Roger, hay un hecho evidente, y es que, teniéndonos a su merced, nos conservan con vida. Lo que tenemos que hacer, si es que llegamos a tiempo, es

inutilizar todos los elementos secretos que llevamos a bordo. Por lo menos que no se puedan aprovechar.

Inmediatamente se pusieron en acción. Todos ellos

eran especializados en cada uno de los sistemas y mecanismos de a bordo, igual podían tripular una nave, que hacerse cargo y reparar todo lo concerniente a las comunicaciones, alimentación de motores, sus averías o hacerse cargo del cañón de rayos.

Comprobaron que por lo menos, aparentemente, nada

habían tocado, por lo que en un momento intercambiaron piezas y el que antes terminaba, ayudaba al otro.

Roger comunicó a Richard que sus órdenes habían sido cumplidas.

—Perfectamente. Por lo menos si se quieren aprovechar, no sacarán nada en limpio.

Robert, más impetuoso o impaciente, dijo:

—Bien; me voy a dar una vuelta por ahí fuera.

— 17

Ya iba a proceder a abandonar la nave, cuando Richard le detuvo con un gesto.

Buen observador, había reparado que bajo la plataforma en que reposaba la «6-R» existía otra más amplia y separada de la primera por unas pulgadas.

Cogió el primer objeto que le vino a mano y lo tiró sobre aquella plataforma que sobresalía.

Quedaron estupefactos de lo que sucedió. Al solo contacto del objeto con la plataforma, se pulverizó tras una llamarada.

Robert tragó saliva y masculló:

—¡Recuernos, qué bromas más pesadas se gastan!

—Esto para que aprendas a ser prudente. Actúa siempre refrenando tus impulsos y en las consecuencias que se puedan derivar de ellos.

—Sí, sí..., claro —balbució.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Robert.

—No nos queda más remedio que esperar. Habéis comprobado que, quiénes sean, no se andan por las ramas. Así que tomémoslo con paciencia.

Raymond arguyó:

—Lo que podemos hacer es establecer un puente entre ambas plataformas y de este modo salvar esa zona peligrosa.

—¿Y para qué exponerse? —preguntó Roger.

—Pues para explorar, encontrar un medio de escape.

—Claro, aquí estamos como en una ratonera —manifestó Ronie.

Se enzarzaron en una discusión de probabilidades, supuestos y resultados hipotéticos.

Los únicos que guardaban silencio eran el comandante Richard y Robert.

18 —

Cuando se cansaron de mantener aquella polémica, el comandante preguntó cachazudamente:

—¿Quieres hacer tú la prueba de saltar ese puente-cito, Robert?

—¿Yo...? ¿Qué daño he hecho, comandante?

Todos soltaron la carcajada ante la cara de circunstancias que puso Robert.

Por lo visto ya tenía bastante con el resultado de la prueba que le hizo su jefe al querer investigar por su cuenta y riesgo.

Richard comentó:

—Bien; me gusta que por lo menos nos quede sentido del humor en casos adversos. Y ahora, en serio. No quiero que nadie abandone la nave. Estamos en una

ratonera y queda demostrado que han tomado sus precauciones.

—Pero si podemos... —inició Raymond.

—Nada de poder —le atajó Richard.

Los demás quedaron callados, puesto que sabían que cuando su comandante se mostraba tajante, sus razones tenía para actuar de aquel modo.

—Si observamos el recinto, por ahora no se ve lugar por dónde evadirse. De distinto modo actuaríamos de

descubrir una posibilidad, por muy- remota que fuera.

La voz persuasiva del comandante iba calando en sus conciencias y tenían que reconocer que tenía toda la razón.

No obstante, a él le agradaba dialogar las cuestiones con el resto de la tripulación, para luego llegar a las conclusiones más acertadas.

Por otra parte, no le podían tachar de cobardía, puesto que en varias misiones que habían llevado a cabo, de

— 19

sobra les había demostrado que gracias a su audacia, salieron airosos en la mayoría de ellas.

Tras sopesar los pros y los contras, Richard decidió:

—Lo más prudente es esperar, conocer cómo proceden quienes nos mantienen en su poder. De haber pensado en nuestra eliminación, ya lo hubieran hecho sin esperar tanto, y este tiempo transcurrido nos da lugar

para albergar cierta esperanza.

El resto de la tripulación se miró entre sí y asintieron a las palabras de su jefe.

—Ahora bien, no por ello debemos de dormirmos y que nos pillen desprevenidos. Hay que permanecer con los ojos muy abiertos.

Luego, dirigiéndose al segundo mecánico, le indicó:

—Ronie, lo mejor será que sirvas provisiones, pues no es cuestión de debilitarse y ya hemos tenido algo de jaleo. ¿No os parece?

Todos estuvieron de acuerdo y se dispusieron a ingerir aquellos alimentos concentrados para mantenerse en forma.

Mientras efectuaban este cometido, no dejaban de vigilar por si surgía alguna novedad.

Terminaron su comida y en el curso de la cual la situación no varió lo más mínimo.

Aquella estancia prolongada, con aquel ambiente de la luz, roja, les estaba deprimiendo paulatinamente.

Pero ellos, avezados a las más dispares situaciones, habían aprendido que lo principal era controlar los nervios y saber esperar la ocasión más propicia.

Richard decidió:

—Lo mejor que podemos hacer, mientras nos dejen, es descansar. Estableceremos un turno de guardia, a sorteo, como siempre.

20 —

En efecto, cuando el caso lo requería, habían impuesto esta modalidad. Cada uno tenía su diminuta ficha con un número, del uno al seis y seguido de la letra

erre mayúscula, siguiendo un orden correlativo por categoría y antigüedad.

Metieron las fichas en una bolsa y sin mirar, Ronie sacó una.

—La 3-R.

Richard comentó:

—Pues ya lo sabemos. La primera guardia Raymond, la segunda Robert, tercera Ronald, luego Ronie, después

yo y por último Roger.

Y sin. una palabra más procedieron a ocupar sus respectivos lechos y si no dormir, porque el que más y el que menos, pensaba en aquella incierta situación y le asaltaban el recuerdo de los suyos, al menos descansarían.

Mientras tanto, Raymond sería quien velaría el descanso de sus amigos y camaradas durante el tiempo fijado para su guardia.

* * *

Fue durante el cuarto turno de guardia, y que correspondía al comandante Richard Daln, cuando aquella calma insólita fue quebrantada.

La luz que imperaba hasta aquellos momentos roja, fue cambiando de tonalidad hasta convertirse en azul clara, casi blanca.

Richard comunicó:

—Muchachos, despertad.

— 21

Al unísono, todos se tiraron de sus respectivos lechos y sus nervios se tensaron.

—¿Qué pasa? —preguntaron algunos medio dormidos.

—Fijaros, la luz se ha aclarado.

—Pues es verdad, comandante —rezongó Ronie, que por haber tenido la anterior guardia era el que más amodorrado estaba.

—Esto me da la impresión que es preludio de acontecimientos —

sentenció Roger.

—Exacto, eso creo —corroboró Richard.

Sus deducciones no eran infundadas, puesto que a poco, sin saber cómo, en el suelo se hizo un hueco y de él emergió una linda muchacha que desde la posición en que estaban ellos, más altos, se les antojó una muñeca.

Al tiempo que la muchacha hacía acto de presencia, la doble plataforma que había debajo de la que sostenía la «6-R» desaparecía, para luego descender ellos, con la nave y todo hasta el mismo nivel de la joven visitante.

Entonces pudieron observarla mejor y comprobaron que no era una muñeca, sino una joven atractiva, llena de encantos y que nada tenía que envidiar a la más bella de la Tierra.

—¡Ay, mi madre...! ¿Estaremos en la antesala del Paraíso? —exclamó Robert, aturdido ante aquella visión.

—¡Pero qué criatura...! ¡Está para comérsela...! —soltó medio abobado Ronald.

Repuso Ronie:

—No seas antropófago, cacho de bruto. Bien la quisiera para mí y enterita. ¡Ay...! —suspiró cómicamente.

Richard, Roger y Raymond permanecían en silencio,

22 —

con la mirada fija en aquel cuerpo escultural que lo

único que rompía su armonía era una escafandra completamente transparente que la cubría hombros y cabeza.

Una voz de inflexiones muy dulces se dejó oír:

—He sido delegada para darles la bienvenida al planeta Aizik, y les ruego se sirvan seguirme.

Ante aquella visión, ante la dulzura de aquella voz y

al oír que se pronunciaba con su mismo idioma, quedaron como clavados en el suelo de su nave.

Seguramente la joven interpretó aquello como desconfianza y se vio obligada a añadir:

—No les ocurrirá daño alguno. Somos sus amigos.

Cautelosamente fueron descendiendo de su «6-R» y

cuando se aproximaron, pudieron apreciar que si de

lejos la joven parecía hermosa, de cerca era el no va

más.

Algunos de ellos ponían una cara de tontos que no

cabía más.

Con una dulce sonrisa les invitó:

—Síguenme.

De nuevo se pusieron en movimiento precedidos por

aquella criatura que cada movimiento era un derroche

de armonía.

Vestía un traje de corpiño ajustado que realzaba

su turgente busto y se ceñía a su cintura en un ancho

cinturón rojo. La falda era de vuelo y corta, por lo que

dejaba al descubierto parte de sus muslos y con toda nitidez la perfección de sus piernas.

Para aquellos hombres era algo enloquecedor tener
ante sí una belleza de tales perfecciones.

La joven les rogó:

—Permanezcan a mi lado en esta área, por favor.

— 23

Con sumo gusto obedecieron a lo que les decía, ya que
de este modo podían analizarla de todos los ángulos.

Una vez así situados, la joven maravillosa, sin apartar de sí su sonrisa,
presionó con el pie calzado con una especie de mocasines del mismo
color del traje.

Vieron cómo emergían unas paredes de material
transparente, que terminó por cerrarse como una campana.

Se notaron un poco molestos y la alarma casi cundió en ellos.

Richard comprendió lo que les estaba sucediendo a
sus hombres y, ¿por qué no?, incluso por su mente había cruzado el
mismo pensamiento.

No supo por qué, le vino a la mente Homero, en su
poema de la *Odisea* en que Ulises y sus tripulantes se
vieron subyugados por los cantos de las sirenas, cuyas
intenciones eran atraerlos para luego destruirlos.

Se arrepentía de haber sido tan confiado y más que
por él, por lo que les pudiera suceder a los demás.

Pero ya era tarde, estaban atrapados en aquel recinto
rodeando a aquella joven y no había escapatoria posible, como
tampoco la tenían anteriormente.

Suavemente aquel recinto se fue elevando y en el

techo apareció un hueco circular para dejarles paso.

Nada más pasar el techo del hangar, aquel elevador
se paró.

La muchacha, sin dejar de sonreír, presionó un mando que llevaba en el cinturón y la campana se abrió a tiempo de que ante ellos aparecía un pasillo.

Con su voz dulce, aquel monumento de criatura les
invitó:

/

—¿Vamos...?

24 —

Acto seguido se puso en movimiento haciendo las
delicias de aquellos seis pares de ojos.

Richard, cauteloso, preguntó:

—Señorita, ¿se puede saber adonde nos lleva?

—Tenga calma, señor. Todo a su debido tiempo.

—Pero es que...

—Por favor... Me hago cargo de la extrañeza que
imperará en ustedes y la desconfianza que tendrán. Pero
ya les he dicho que no les sucederá nada.

Mientras tanto, habían llegado al final del pasillo y
al aproximarse la señorita que les hacía de guía, un

panel de puertas corredizas les dejó paso para desembocar en una
estancia inundada de luz natural.

La bella misteriosa les aclaró:

—Permanecerán cierto tiempo en este lugar. Serán

atendidos debidamente y, como comprobarán, pueden disfrutar de comodidades.

Richard, para sacar algo en limpio de todo aquello, simuló preguntar malhumorado:

—Pero, oiga, ¿es que nos van a tener encerrados indefinidamente?

—Un poco de paciencia, señor. Es por el bien de

ustedes. A su debido tiempo se descorrerá el velo misterioso que les rodea.

Y con una sonrisa amable, se dirigió hacia el centro

de la pared, se abrió una puerta invisible y todavía alcanzaron a ver a la joven que desaparecía por otro pasillo mientras la pared se cerraba.

— 25

CAPITULO III

Al quedar solos, se miraron entre sí.

—La verdad es que la cosa no se presenta mal —comentó Ronie.

—No cantes victoria —repuso Ronald con cierto pesimismo.

—¡Eh! ¿Os habéis fijado? Aquí hay toda clase de comodidades —apuntó Robert.

—Por lo menos gozamos de luz natural o al menos a la que estamos acostumbrados —expuso Raymond.

Roger, más cauteloso y parco en palabras, se dirigió a Richard:

—¿Qué te parece todo esto?

—Pues no sé qué decirte, Roger. Por de pronto es una evidencia que permanecemos con vida.

—Sí, pero eso no Quiere significar que no nos ceben para el sacrificio.

—Claro que no. Aunque por la forma que hasta ahora han procedido, quienes sean, me da la impresión de que nos necesitan para algo.

—Esperemos que no te equivoques en tus apreciaciones.

—La joven, aunque no muy explícita, ha dicho que un poco de paciencia. Así que no nos queda más reme-

26 —

dio, mientras no descubramos una escapatoria o seamos atacados.

Mientras tanto fueron ocupando unos confortables asientos y mirando a su alrededor.

Se trataba de una estancia circular, bastante amplia e iluminada por no sabían qué, de paredes lisas.

Richard notó que se iba percibiendo en aquella atmósfera cierto olor raro.

No quiso mencionar esto a los demás para que no cundiera la alarma y su mente trabajaba a velocidad de vértigo por salir de aquel atolladero.

Su silencio no le valió de nada, porque Raymond preguntó a los demás:

—¿Notáis, como yo, un olor raro?...

Todos coincidieron en que sí y aunque no lo exteriorizaron, también pensaron que aquel lugar podía convertirse en su cámara mortuoria.

Estos tétricos pensamientos fueron rotos al comprobar que el panel de la pared se abría y...

Quedaron con los ojos desorbitados ante lo que se les presentaba a la vista.

Nada menos que tres lindas muchachas, ataviadas con la misma indumentaria que la que les había servido de guía, pero con traje color verde claro, aparecieron con sendas bandejas en sus manos.

Lo que menos se fijaron ellos fue en el contenido de las bandejas: les atrajo poderosamente el continente de las jóvenes.

Las tres eran esbeltas, una morena y dos de cabellos castaños, y todas ellas mostraban una sonrisa atrayente.

Se colocaron en fila al lado de la puerta, como si estuvieran esperando algo y lo que esperaban fue que hicieran acto de presencia la muchacha que les sirvió

— 27

de guía, con dos más, y portadoras también de una bandeja.

Al traspasar la puerta la muchacha guía, todas las demás la siguieron y fueron colocándose al lado de cada uno de los tripulantes de la «6-R».

Estos se levantaron de sus asientos y tenían que hacer titánicos esfuerzos para que no se les escaparan las manos para abrazar a aquellas monumentales criaturas.

La joven guía se había colocado al lado del comandante Richard y les

dijo:

—Les traemos alimentos para que repongan fuerzas.

Esperamos que todo resulte de su gusto.

Dicho esto, fueron depositando las bandejas en la mesa frente a cada uno.

Luego, haciendo una especie de reverencia, se encaminaron hacia la salida andando de una forma como si se tratara de un desfile de bellezas.

Cuando la puerta se cerró, pareció que se les soltó el freno a la lengua.

—¿Habéis visto...? —preguntó medio incrédulo Richard.

—Yo creo que he soñado —comentó Robert.

—Pues yo no. He tenido que sujetarme el brazo con la otra mano para no acariciar aquel lindo muslito que tenía a mi lado... —saltó entusiasmado Ronald como si la boca se le hiciera agua.

—Oye, niño... Andate con cuidado que si se entera tu madre te da dos azotes. ¡Mira con lo mayor que es y cayéndole la baba!

Le reconvino en broma Richard, ante la vehemencia de Ronald.

Todos soltaron la carcajada, pero de sus mentes no se apartaban aquellas criaturas que fueron a servirles.

28 —

—La verdad es que resulta una lástima que vayan con

la escafandra ésa, porque tienen unos labios, sobre todo la de azul...

—¡Alto ahí, comandante! Si se entera la mamá...

—Vaya, Ronald, no has tardado en devolverme la pelota...

Todos rieron y con las mentes más aligeradas de sus nefastos pensamientos, se dispusieron a dar cuenta de lo que aquellas bellas féminas les habían llevado.

Aquellas sustancias les sabían a algo raro, pero no del todo desagradable, y comprobaron que debido a la pequeña cantidad, debía de tratarse de alimentos concentrados.

Una vez terminaron, la conversación giró sobre el mismo tema, el de las muchachas que habían logrado imprimir un gran impacto en ellos.

La conversación fue languideciendo y un sopor les invadía y que ellos atribuyeron a la propia digestión.

Sin darse apenas cuenta, cada uno se fue durmiendo y en sus fogosas mentes bailaban continuamente escenas íntimas con cada una de las muchachas que había despertado más su admiración.

* * *

Al cabo de una hora se fueron despertando y Richard se enfadó consigo mismo por aquella debilidad, aquel descuido que hubiera podido costarles caro.

—¡Eh! Despertad de una vez. Nos hemos portado como unos insensatos, y yo el primero.

—¿Por qué, Richard?

—En ocasiones, Roger, dudo de tu eficiencia mental.

¿Te parece bien todos dormidos como marmotas?

— 29

—Pero es que...

—Nada de peros ni de cuernos. Se habrán reído de lo lindo con nosotros.

Richard estaba furioso dando zancadas por la estancia debido a que lo que más le molestaba eran las negligencias y en esta ocasión se consideraba el mayor culpable.

Se paró en sus paseos y señaló la mesa:

—Mirad. Las bandejas han desaparecido y nosotros como bebés a merced de sus manos...

Dio unos pasos más, para luego pararse y decir:

—Nos considerarán unos incautos por ingerir lo que primero nos presentan de la forma más alegre... ¡Vaya hatajo de idiotas que hemos sido!

Todos ponían cara de circunstancias y el resabio

que les quedaba de sus deliciosos sueños con sus respectivas muchachas, se iba esfumando ante las consideraciones de su jefe.

Richard se fue calmando y habló ya con tono más conciliador:

—Esto que nos sirva de lección en lo sucesivo y más que a vosotros, me lo digo a mí mismo.

Raymond se expresó:

—Sí, tienes razón. Pero la culpa ha sido de todos y no

únicamente tuya.

—Mi obligación es la de velar por los demás.

Fue Robert el que intervino:

—El caso es que no nos ha sucedido nada, y si en esos alimentos han mezclado alguna sustancia somnífica...

—Seguramente habrá sido eso —confirmó Ronald.

—Claro que sí, comandante. No te pongas de mal humor —saltó Ronie—. ¿Queréis que os cuente el sueño maravilloso que he tenido?...

Todos esbozaron una sonrisa, para luego soltar la carcajada, puesto que el que más y el que menos habla tenido su sueño particular.

Ronie, que era el más joven de los dos, se disponía a participarles su sueño, cuando el panel se abrió y dio paso a la señorita guía que, en esta ocasión, iba desprovista de su escafandra y una abundante cabellera rubia se mecía sobre sus hombros.

Se fue directamente a Richard con la sonrisa a flor de labios y con una voz más bonita que cuando llevaba la escafandra, seguramente adulterada por el amplificador, le comunicó:

—Comandante Richard Daln, la Asamblea de Aizik ruega su presencia, junto con sus hombres.

Richard se quedó parado al llamarle por su categoría y nombre.

La joven pareció adivinar sus pensamientos y para establecer una igualdad de conocimientos se presentó:

—Me llamo Paizik.

—Tanto gusto —balbució Richard.

—Y ahora, por favor. ¿Vamos...?

Se pusieron en marcha.

La joven les condujo a través de aquel pasillo por

donde apareció ella y una vez allí montaron en un vehículo especial que les esperaba.

La misma Paizik lo conducía y desembocaron a una amplia avenida subterránea por donde circulaban otros vehículos de la misma clase.

Pero les llamó la atención que todos guardaban una distancia

determinada

y,

aunque autónomos,

algunos

iban vacíos.

31

Richard trató de entablar conversación con la joven para averiguar algo, mas ésta invariablemente le decía que tuviera paciencia.

—Ya no tardará en satisfacer su curiosidad. Ya lo verá.

Richard permanecía sentado a su lado y en ciertos

movimientos que efectuaba la joven pudo admirar, furtivamente, la curvatura de sus senos y cualquier ligero roce que tuviera con ella, notaba cómo la corriente sanguínea se le aceleraba.

Hermosa muchacha aquella que se iba filtrando de un modo insospechado en su mente y que suscitaba desear saber de qué modo se portaría en plan amoroso.

Sus pensamientos fueron cortados cuando se introdujeron en un nuevo pasillo.

A poco paró el vehículo y Paizik les manifestó:

—Pueden bajar. Hemos llegado.

En efecto, ante ellos había una ancha escalinata donde había sendos centinelas, con vestimenta oscura y ce

ñida, botas de suela recia y colgando de su ancho cinto un arma para ellos desconocida.

Saludaron a la joven muy respetuosos y todos juntos

comenzaron a ascender los peldaños de aquella escalinata.

Llegaron a un amplio vestíbulo, para luego introducirles en una antesala.

Paizik les rogó:

—Esperen un momento, por favor.

Dicho esto se dirigió hacia una puerta que había en

el fondo, guardada por sus correspondientes centinelas,

quienes igualmente la saludaron, y desapareció tras cerrarse ambas hojas.

32 —

—La chica se ve que es una personalidad en este lugar.

—Así lo parece —confirmó Roger, ante la manifestación de Richard.

—Y es bonita la condenada.

—¿Qué tienes que decir de las otras, comandante?

—Tienes razón, Ronie. No se quedan atrás.

—Yo no puedo quitarme de la cabeza a esta castaña que me sirvió la bandeja. No tendría inconveniente de hacerle compañía... y saber cómo besa.

—Toma, en ese aspecto creo que a ninguno le costaría gran trabajo — contestó Robert.

Richard se puso serio y haciendo una seña a todos ellos, se dirigieron a un rincón de aquella estancia y les advirtió:

—Por lo que he visto, esta gente sabe bastante de nosotros y tenemos que tomar nuestras precauciones.

Así que no os vayáis de la lengua. Yo asumiré la función de contestar a cuantas preguntas puedan hacernos.

Los demás hicieron una inclinación de cabeza, como asintiendo a la advertencia de su comandante.

Mientras tanto, los centinelas de aquella puerta no les perdían de vista.

A Richard ya le estaban fastidiando aquellas dilatadas esperas.

El era un hombre de acción y consideraba que aquel corto tiempo en que permanecieron inactivos forzosamente, le estaba pesando en gran manera.

Quería saber, cuanto antes, a qué atenerse, descubrir alguna posibilidad de fuga y proseguir en la misión que les habían encomendado y que consideraba no terminada.

CAPITULO IV

Llevaban unos minutos esperando, cuando apareció por la puerta un hombre ataviado con una indumentaria parecida a la de los centinelas, pero con unos distintivos que les hizo sospechar que se trataba de un grado superior.

Se inclinó ante Richard y dijo a continuación:

—La Asamblea espera que les honren con su presencia.

Y con la mano les indicó el camino a seguir.

Se dirigieron hacia la puerta de los centinelas y tras pasar un corto pasillo, se abrió otra puerta para dar de lleno en una amplia sala.

Al fondo había un estrado y una mesa larga. Tras la cual se hallaban sentados tres hombres de edad revestidos con túnicas.

El del centro resaltaba de los demás por su aspecto distinguido, por la bondad que reflejaba su semblante y porque la túnica era diferente también.

En un lugar aparte, en el mismo estrado y con mesa independiente, se encontraba Paizik con su radiante belleza.

Nada más hicieron acto de presencia, aquellos tres

34 —

personajes, incluyendo a la muchacha, se pusieron en pie.

El que presidía la mesa, saludó:

—Bien venidos al planeta Aizik. En nombre de la

Asamblea y sus habitantes, les saludamos.

Los seis astronautas de la «6-R», puestos en fila ante el estrado, inclinaron la cabeza a guisa de saludo.

El que les siguió, les señaló unos asientos:

—Sírvanse ocuparlos.

Obedecieron la indicación y a tiempo que ellos lo hacían, los demás tomaron asiento en sus respectivos lugares.

Acto seguido vinieron las presentaciones por boca de quien presidía la mesa:

—Soy el Zik de la Asamblea Melzik; a mi derecha, el Luerzik Teizik; a mi izquierda, el Ejeizik Reizik, y en la otra mesa nuestra Reizik Paizik, que ya conocen.

Aquellos nombres raros comprendieron que hacían referencia a la categoría de cada cual.

Richard se creyó en la obligación de efectuar las presentaciones de sus hombres, pero el Zik de la Asamblea se adelantó:

—Conocemos la identidad de todos ustedes, igualmente que proceden del planeta Tierra, de la galaxia Solar.

En sus rostros se reflejó el asombro y con una sonrisa el Zik prosiguió:

—Seguramente les extrañarán muchas cosas y les hemos convocado para poderse las aclarar. Así que pueden preguntar:

Richard tomó la palabra:

—Muchas gracias. Lo primero que quisiéramos saber

es cómo nos encontramos aquí.

— 35

El Zik le contestó:

—Tenemos controlado todo el espacio sideral correspondiente a gran número de galaxias por detectores ultrasensibles y supimos de su encuentro con las naves amarillas.

—Bien, pero nosotros fuimos prisioneros de esas naves.

—En efecto, les atraparon bajo su campo magnético y les insensibilizaron por ondas sónicas de baja frecuencia.

—¿Y qué pasó hasta llegar aquí?

—Acudimos en su ayuda. Las naves amarillas son también nuestros enemigos. A su tiempo sabrán el porqué.

De no haber logrado contrarrestar sus intenciones, tras un duro combate, seguro que en estos momentos lo estarían pasando ustedes muy mal.

—Entonces, ¿nos liberaron ustedes?

—En efecto.

—¿Y cómo nos han tenido tanto tiempo confinados?

—Lo que denomina usted confinamiento, ha sido más bien un período de adaptación a nuestra atmósfera, de lo contrario les podía ocurrir algún accidente neurovascular.

El que contestaba ahora a la pregunta era el Luerzik, quien continuó:

—Para mayor abundamiento, le diré que nuestra atmósfera es similar

a la de ustedes, pero menos rica en oxígeno y otros gases. Por eso han sido sometidos a un

tratamiento ingiriendo sustancias gaseosas que suplan esa falta de oxígeno.

—Gracias por la aclaración. ¿Y cómo conocen nuestro idioma e identidad?

—Eso se lo aclarará nuestra Reizik.

36 —

La aludida, pues no era otra que Paizik, la que se erigió en su guía, esbozó una sonrisa y manifestó:

—Es cosa fácil para nosotros conocer los idiomas.

Interceptamos emisiones y tras métodos eficaces llegamos a dominarlos con brevedad.

—Muy bien. ¿Y en cuanto a la identidad?

—Eso es más fácil todavía: por la documentación de ustedes.

Richard enrojeció hasta la raíz de los cabellos por el ridículo que terminaba de correr y más por la sonrisa burlona de la muchacha.

En todo lo que les había acontecido, ni siquiera paróse a pensar en tal simpleza.

Pero aquello le sentó muy mal que partiera de aquella hermosa rubia que seguía mirándole guasona.

—En la comida que nos sirvieron, ¿introdujeron algún somnífero?

Fue el Luerzik quien le contestó de nuevo:

—En efecto. Precisaban todavía de tratamiento y la

mejor asimilación es en estado de inconsciencia. Por eso observarían que las muchachas iban con escafandras para evitar cualquier percance.

En efecto, todos recordaron ese detalle y aquel olor característico.

—Otra cosa nos falta por aclarar.

—Pregunte, pregunte. Estamos aquí para satisfacer la curiosidad de ustedes —le animó el Zik.

—Si nuestra nave cierra herméticamente, si tiene seguros electrónicos, ¿cómo nos encontramos con las puertas abiertas y en este lugar?

Fue ahora el Ejeizik quien tomó la palabra:

—Todo es cuestión de un laborioso estudio y dar con la frecuencia correspondiente y emitir unos impulsos

— 37

que hagan funcionar los mecanismos. En cuanto al transporte hasta aquí, los remolcamos bajo un campo magnético.

Richard se quedó un rato pensando e iba a hacer ya la pregunta de por qué les retenían allí, pero juzgó prudente que fueran ellos quienes expusieran sus intenciones.

Así que se limitó a decir:

—Gracias, muchas gracias por sus aclaraciones.

Se miraron entre sí los componentes de aquella

Asamblea y el Zik tomó la palabra de nuevo:

—Nuestro planeta tiene una organización social algo

semejante a la que disfrutaban en el suyo y nuestro único

deseo es el progreso y la paz con los demás.

—Muy laudables sus propósitos.

—Pero dentro de esta relación con los demás, también deseamos nuestra soberanía... Si es atacada esa soberanía, tenemos que defenderla por encima de todo.

—Es lo lógico —comentó Richard, pensando que había hecho bien en no precipitarse en su pregunta.

—Resumiendo. Lo que deseamos de ustedes es .su

eficaz colaboración en la eliminación de las naves amarillas.

Richard quedó meditando y tal como lo pensó, así lo

expuso:

—Lo que no me explico es que ustedes no hayan

terminado con ellos, puesto que también contarán con

sus razones.

—En efecto, las razones son las mismas que les ata

ñe a su planeta. Es decir: rapto de habitantes, sabotaje

e interferencia de nuestras naves.

—Sí, es el mismo caso.

—En cuanto a la destrucción de esas naves amarillas,

38 —

no contamos con elementos contundentes para su eliminación. Ustedes han pulverizado dos naves; nosotros, lo único que logramos es hacerlas huir por agotamiento de

sus baterías y eliminación de campos magnéticos.

—Ya comprendo.

—Si unimos a estos dos elementos con que nosotros

contamos, el de la maniobrabilidad y contundencia destructiva que ustedes poseen, terminaremos de una vez con la belicosidad de esos seres.

—¿Cuentan con algún plan de ataque?

—Sí, pero eso será mejor que lo estudiemos conjuntamente.

—Como comprenderán, la decisión para una operación de esta envergadura no la puedo tomar por mí solo.

Tengo una responsabilidad con mis hombres y dependo de mis superiores.

—De acuerdo, entendemos lo que quiere decir. Puede usted hacer libre uso de sus comunicaciones con Tierra y recabar esa autorización.

—Para ello tengo que efectuar una reparación a nuestra nave.

—Puede contar con nosotros para todo lo que le haga falta, de nuestro material y nuestros hombres.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero creo que lo podremos solucionar nosotros.

—Nuestra Reizik Paizik les conducirá a sus alojamientos y ella misma le pondrá en contacto con nuestros hombres para deliberar la operación.

—Muchas gracias.

—Les consideraremos a ustedes nuestros huéspedes

de honor. Tienen completa libertad de actuar, exigiéndoles solamente que mantengan el más riguroso secreto.

—De mis hombres respondo yo.

—Pues nada más. Les deseamos una feliz estancia entre nosotros.

Todos se pusieron en pie, en tanto que Paizik bajaba del estrado y se colocaba al lado de Richard.

La tripulación de la «6-R» hizo una ligera inclinación de cabeza a guisa de saludo -a los hombres que estaban tras la mesa, saliendo de aquella estancia acompañados por la escultural rubia Paizik.

* * *

Quedaron instalados en un pabellón compuesto de seis habitaciones individuales, con una mesa de trabajo y un comedor común.

Paizik les fue señalando a cada uno su estancia, los medios de distracción que poseían y cómo tenían que valerse para pedir lo que necesitaran.

Todos estaban instalados en sus habitaciones excepto Richard que, casual o deliberadamente, Paizik lo dejó el último.

—Y ésta es la suya, comandante.

Habían penetrado en aquella reducida estancia y la puerta automáticamente se cerró.

—¿Qué le parece...?

Pero la verdad era que él únicamente tenía ojos para aquella muchacha.

—Le he preguntado si le parece bien, comandante.

—¡Ah!... Sí, sí...

Ella se volvió extrañada de la confusión de Richard.

—¿En qué estaba pensando, comandante?

—En ti.

Ella esbozó una sonrisa no exenta de coquetería y

40 —

volvió a preguntar, pero en esta ocasión haciéndose la inocente:

—¿Por qué?...

—Bien lo sabes tú.

-¿Yo?...

—No me vengas con disimulos. Sabes que eres muy bonita.

Y sin poderse contener la rodeó por la cintura y besó aquellos labios apetitosos que se habían convertido en una tortura fascinante desde el momento que los vio.

Al instante él supo que aquella muchacha no sabía besar, que se quedaba indiferente a la caricia.

Pero lo que era evidente es que él la tenía entre sus brazos, que aquel escultural cuerpo lo tenía junto a él.

Los latidos de su corazón iban aumentando por momentos ante las sensaciones que se despertaban en él y las caricias cada vez eran más pródigas.

En el momento que creía que sus intenciones iban a ser una realidad, la muchacha, de un empujón en que empleó una fuerza insospechada, se separó de Richard.

Este se quedó extrañado de la reacción de Paizik y también de su fuerza.

Contempló a la muchacha con ojos centelleantes y vio que aquel rostro mostraba gran desencanto y le decía:

—¡Bah!... ¿Es esto?

El no podía saber a qué se refería. Era como si a un goloso le dieran a probar un poco de pastel y cuando estaba saboreando sus delicias, se lo retiraran sin contemplaciones.

—¿Esto?... ¿El qué?

—A lo que has dicho.

—¿Pero qué he dicho, criatura?

— 41

—Que soy bonita.

—¡Ah, vamos!... Y claro que lo eres. ¿Todavía lo dudas?

Se sentó como abatida y casi daba pena contemplarla en aquel estado.

Richard se quedó confuso, sin saber a qué sería debido el comportamiento de Paizik.

Preguntó impaciente:

—¿Te he inferido algún insulto sin saberlo?

—Aquí en Aizik, en nuestro planeta, esto es lo más vulgar. Todas somos bonitas...

Richard se quedó de piedra ante aquellas palabras.

Pues si esto era una realidad, y se lo confirmaban las otras jóvenes que habían visto cuando les llevaron la

comida, el problema que se les presentaba a ellos era de una envergadura insospechada.

¡La de líos que les iban a acarrear...!

—¿Así que no os gusta que se os admire por bonitas?

—No. Eso constituye una vulgaridad, como termino de decir. Nuestros valores son otros.

—Criatura, pues no te comprendo. Nosotros somos amantes de la belleza y más en las mujeres.

—Eso será en vosotros, pero aquí son otros factores los que cuentan.

Le contestó ella medio molesta.

—Bien, bien, Paizik, perdona. En este aspecto diferimos por completo. Nosotros...

—Vosotros estáis en un error. La perfección humana en lo exterior se puede lograr, de ahí que todas las mujeres en este planeta son bo-ni-tas, como has dicho.

Y pronunció la palabra bonitas con marcado desprecio.

Richard se rascó la cabeza lleno de perplejidad.

42 —

Aquello sí que estaba bueno. ¿Tendría que llamarla fea para conseguir su amistad?

Mientras, ella se había levantado y alisó un poco su estrujado traje.

Dio un paso hacia la salida y Richard la retuvo por un brazo:

—Espera un poco, Paizik.

—No tengo nada que esperar. Dentro de unos momentos pasaré a por vosotros, para que os dediquéis a la reparación de vuestra nave. Luego te presentaré a los

encargados de operaciones.

—Pero, bueno, ya te he dicho que perdones si involuntariamente te he ofendido. No ha sido ésa mi intención.

—Está bien, admito tu disculpa. Pero ahora tengo un trabajo urgente...

Richard la miró a los ojos y le cortó:

—No, no, no... Con ese tono y esa cara de enfado, no me gustas. Cuando sonrías estás más bo... Bueno, parece que no estés enfadada, vamos.

Ella entonces le obsequió con una sonrisa, a tiempo que Richard se llevaba su mano a los labios.

Después de depositar unos cálidos besos en ella, le preguntó:

—¿Amigos?

—Sí.

—¿Ya no hay enfado en ti?

—No...

Pretendió besarla de nuevo, pero ahora en los labios, mas ella se apartó.

—Hasta luego.

—Hasta luego, muñeca.

CAPITULO V

Estaban dedicados de lleno a la reparación de los desperfectos que había sufrido la nave.

Richard se puso en comunicación con el Alto Consejo de la Tierra, quien autorizó la colaboración con los del planeta Aizik.

Al estar en plena actividad, parecía que el humor volvía a ellos, así que Richard tuvo que soportar todas las bromas de sus compañeros.

—¿Qué tal lo has pasado con la rubia Paizik?... — le preguntó Roger saltándole chispas por los ojos.

—¿Qué tenía que pasar? Nada —contestó Richard, serio.

—Anda que el rato que habéis estado... ¿Te figuras que no nos hemos dado cuenta? — apuntó Raymond

—Lo que me estoy dando cuenta es que sois unas comadreja.

Fue Robert el que tomó la palabra:

—Convendrás con nosotros que ante tal acontecimiento, valía la pena el comadreo. Tendré que ascender a comandante cuanto antes para recibir también honores...

Ronie soltó una risita y dijo por lo bajo:

—Cuando tengas galones tendrás mando...

44 —

Pero esto llegó a oídos de Robert, quien se volvió

hacia él:

—A ti, mocoso, te voy a meter en la tobera para desintegrar esa lengua que tienes.

—Sí, sí... Envidia que se tiene, vejestorio.

—¿Vejestorio yo, polluelo inmundo?

Todos rieron las palabras de uno y de otro. Sabían

que lo que más mal le sentaba a Robert era que le dijeran vejestorio, puesto que era el de más edad de la tripulación, treinta años.

Los demás oscilaban entre veinte y veintiocho, que era los que tenía Robert.

—Bueno, bueno... Ya está bien. Cada cual a lo suyo.

Hay que tenerlo listo cuanto antes.

De nuevo dedicaron toda su atención a los trabajos que tenían asignados.

Richard se acordó entonces que Paizik le había dicho que iría a por ellos, cosa que no ocurrió.

Quien se presentó ante él fue uno de aquellos guardianes que iban mejor vestidos y les llevó adonde tenían su nave, ahora situada en un enorme hangar con salida

al exterior.

Esto le contrarió un poco, pensando que seguramente la muchacha no se había atrevido a presentarse ante él por temor que la obsequiara con otra arrebatadora escena.

—En fin..., lo siento y más que todo por mí, puesto que la muchacha es endiabladamente bo... ¡Richard, cuidado!... Esto no le gusta a ella...

Se sonrió ante sus palabras susurradas y su atención

se centró en lo que le dijo Rogers:

—Richard, ya está todo a punto.

—Bien, pues vamos a hacer una prueba general.

— 45

—De acuerdo.

—Muchachos, cada uno a su puesto.

Efectuaron todas las comprobaciones pertinentes, que dieron un resultado satisfactorio.

—Ya que hemos terminado con el trabajo, podéis disponer del tiempo libre.

La orden fue acogida con satisfacción por todos los componentes de la tripulación de la «6-R».

Cada uno de ellos albergaba la esperanza de encontrarse de nuevo con aquellas lindas muchachas que les sirvieron y pasar un rato agradable con ellas.

Se dirigieron a sus habitaciones y dio la casualidad que aquellas cinco muchachas se cruzaron en su camino.

La ocasión no se les podía presentar más propicia, así que las abordaron con decisión.

Las jóvenes les dispensaron buena acogida, sonriendo como siempre, y tras los saludos de presentación, cada uno se fue con la que más le llamó la atención.

Mientras tanto, Richard se quedó en la nave para repasar personalmente todos los mecanismos vitales.

No es que desconfiara de los hombres que tenía a sus órdenes, pero le gustaba tener la certeza de que todo

iba bien antes de emprender un vuelo.

* * *

El comandante Richard Daln se disponía a ir a comunicar que habían terminado en sus trabajos de reparación de la nave, cuando se vio sorprendido por una animación inusitada de los habitantes de aquel planeta.

Se encendían luces, seguramente de alarma, por doquier iba, y venía notando en ellos gran nerviosismo.

46 —

Un hombre de armas, con su indumentaria característica, se dirigió a él:

—Comandante, el Zik requiere su presencia urgente.

—Pues vamos allá.

En efecto, el Zik le estaba esperando junto a los demás componentes de la Asamblea y otros hombres más jóvenes que hasta entonces no había visto.

—Comandante Richard Daln —le dijo el Zik—. Venga con nosotros a la sala de Rastreo. Se ha producido la alarma ante la proximidad de naves amarillas.

En una estancia contigua, ocupada por infinidad de aparatos audiovisuales y otros muchos más que Richard no alcanzó a comprender, el Zik le aclaró la presencia de aquellos hombres jóvenes:

—Estos hombres son, digamos, los comandantes de sus respectivas naves.

Luego señaló una amplia pantalla cuadrículada por

ordenadas y abcisas.

—Mire esos puntos que se detectan. Ahora los amplificaremos.

En efecto, en unas pantallas laterales, comprendidas dentro de la cuadrícula que fijaba la pantalla grande, aparecieron las naves de color amarillo con su clásica torreta superior.

—Por el rumbo que llevan, vienen hacia nuestro planeta.

Richard preguntó:

—¿Cuántan con medios de defensa?

—Sí, ya están todos alertados —le aclaró el Zik.

—Que citen mi tripulación en la «6-R».

—Nos hemos tomado esa libertad y sus hombres están ya concentrados en ella.

Entonces Richard miró a aquellos hombres que le

— 47

habían sido presentados como comandantes de naves.

El Zik pareció captar su pensamiento y le comunicó:

—Ellos también tienen a sus hombres dispuestos.

Richard no se pudo contener y soltó lo que bullía en su mente:

—¿A qué esperan para interceptarlos?

—Todavía hay tiempo. Dejaremos que se aproximen más.

Acto seguido fue informado de los medios de defensa con que contaban, fijos y móviles, así como la táctica que poseían las naves amarillas al realizar sus ataques, principalmente dirigidos a los

grandes hangares.

También fue informado de los sistemas de apertura y cierre de accesos y salidas concernientes al lugar que estaba ocupando su nave espacial.

Por fin, ya aclarado todo, el Zik le pidió su parecer sobre lo que se les avecinaba:

Sin dudarle un momento, Richard contestó:

—Con el mayor respeto, mi parecer es atacar cuanto antes.

El Luerzik le miró un tanto extrañado, y con aire despectivo dijo:

—Son ustedes muy impulsivos.

A lo que contestó Richard un tanto picado:

—En nosotros existe un aforismo que dice: El que da primero, da dos veces.

Aquellas palabras dichas con sequedad, hicieron mella en todos los presentes, que le miraron por encima del hombro.

El Zik, más prudente, captó el estado de ánimo de sus hombres y en plan conciliador expuso:

—Me parece bien lo que dice el comandante Richard

48 —

Daln. Cada uno que tome el mando de su nave. Pero esperen a recibir la señal para despegar.

Con sus palabras había complacido a unos y a otros,

aunque Richard no quedó conforme.

Aquellos hombres más jóvenes, saludaron y se dirigieron a un ascensor que había emergido en la planta.

—Se dirigen a sus hangares —le aclaró el Zik, para añadir a continuación—: El ascensor aquel le conducirá al suyo. Le mantendremos al corriente.

Richard hubiera querido decir algo más, pero se limitó a inclinar en movimiento seco la cabeza, a guisa de saludo, y se dirigió adonde estaba la plataforma para reunirse con sus hombres.

En unos segundos estaba ya con su tripulación, quienes le acosaron a preguntas.

En pocas palabras les puso al corriente de lo que estaba ocurriendo.

También les indicó la conveniencia de que se equiparan con todos los pertrechos sin olvidar sus armas.

Cuando todos estuvieron dispuestos con sus respectivos equipos, se dispuso a conectar la pantalla, para cerciorarse a qué distancia estaban las naves amarillas.

Según los cálculos de la computadora electrónica, se hallaban ya en una zona peligrosa.

Soltó una imprecación y a continuación una terrible explosión les hizo rodar por el suelo.

Richard Daln hizo un esfuerzo por incorporarse. Alcanzó a ver a sus hombres que yacían en el suelo de la nave.

Una serie de explosiones se sucedieron y después el más absoluto silencio, la vista se le nubló y se sepultó

en la nada.

— 49

CAPITULO VI

No supo el tiempo que permaneció en aquella inconsciencia.

Le ayudó a despertar un ruido extraño. Miró a su alrededor y sus hombres seguían en el mismo estado.

Entonces pudo comprobar que el ruido aquel procedía de la gran puerta de seguridad del hangar que comunicaba con el exterior.

Se dio cuenta inmediata de que estaban metidos en una ratonera y sus hombres sin reaccionar.

Una nueva complicación vino a confirmarle la situación tan precaria en que se hallaban.

En la puerta de seguridad de salida del hangar y que le habían confirmado aquellos habitantes de Aizik que era indestructible, estaba apareciendo un boquete y a través del mismo descubrió una máquina extraña.

Era evidente lo que se proponía: destruir la puerta para penetrar donde estaban ellos.

Con rapidez se dirigió a uno de los vehículos autónomos que poseían a bordo de su nave para descubiertas o exploración, y por la rampa de escape descendió hasta

posarse en el suelo.

Sin perder un segundo accionó los mandos a distancia, que le había entregado el Zik, para hacer funcionar 50 —

los paneles de emergencia secundaria, en caso de ser destruida la puerta de entrada.

Según le habían informado, la emergencia secundaria

se componía de tres paneles que se constituían en otros tantos muros infranqueables para quien pretendiera avanzar.

Desde el exterior resultaban opacos, pero para los que se hallaban tras ellos, por un procedimiento de polarización, podían ver con toda claridad.

Además, cada panel contenía dos zonas, una a la derecha y otra a la izquierda, provistas de un sistema que permitía un paso secreto que automáticamente quedaba franco a quien utilizara los mandos a distancia.

El comandante Richard Daln no lo dudó un momento.

Accionó el mando a distancia y el primer panel de emergencia secundaria se intercaló entre la puerta de salida al exterior y la zona que ocupaban ellos.

Acto seguido preparó su cañón de rayos Alba normal y con su vehículo autónomo, de gran radio de acción y movilidad, se dirigió a la parte lateral derecha del primer panel.

Para una mayor efectividad ofensiva precisaba la colaboración por lo menos de tres de sus hombres, pero ante la premura del caso se lanzó para actuar por sí

solo.

La situación le confirmó que su decisión estuvo muy acertada.

A los pocos segundos el boquete de la puerta de seguridad exterior ya permitió el paso a aquella máquina extraña que se disponía a avanzar hacia el interior del

hangar.

Sin pérdida de tiempo, encuadró en su visor a aquella máquina y le mandó un impulso de rayos Alba.

— 51

Él efecto fue fulminante. A tiempo que sonaba un estallido, aquella máquina extraña que pretendía avanzar, se volatiliza. Pretendió salir al exterior, pero comprobó que otras dos máquinas, como la que había destruido, se iban aproximando.

Iba a atacarlas. Se contuvo de hacerlo al darse cuenta de que el boquete de la puerta de seguridad de salida del hangar iba tomando proporciones gigantescas.

Era de prever que tal puerta iba a dejar de existir en la fracción de unos segundos.

Retrocedió y se introdujo por una puerta lateral para quedar a cubierto tras el primer panel de emergencia secundaria y evitar con ello estar al descubierto frente a la acción de los atacantes.

Su sospecha se confirmó a poco: la puerta de entrada al hangar, la que llamaban de seguridad, había desaparecido.

Las dos máquinas penetraron con tal ímpetu que se

dieron de lleno contra el primer panel de emergencia secundaria.

Richard Daln aprovechó aquel momento de confusión de los que pretendían entrar, para maniobrar con su vehículo y someterlos bajo la acción de sus rayos.

Unicamente tuvo ocasión de soltar un solo disparo, puesto que aquellas máquinas retrocedían a toda velocidad.

Se retiró a la posición que ocupaba y esperó la actuación de aquellos intrusos para desbaratar sus intenciones.

No tardó en descubrir lo que pretendían. El primer panel de emergencia secundaria se resquebrajaba.

Retrocedió a la otra zona de seguridad y accionó

52 —

el mando a distancia para intercalar el segundo panel.

Vio entonces a su tripulación que se había lanzado con otro vehículo para ayudarle en la defensa.

El comandante Richard Daln les gritó que retrocedieran, que donde estaban era zona peligrosa.

Demasiado tarde. Con gran estruendo, el primer panel se derrumbó y sus hombres quedaron atrapados.

—¡Maldición...! Más les hubiera valido que no se movieran.

Las dos máquinas enemigas hicieron su aparición de nuevo, como aves de rapiña que han descubierto una presa fácil y centraron su acción contra el vehículo ocupado por sus hombres.

Richard les ordenó que se situaran en la parte lateral derecha y que se cubrieran tras el segundo panel.

Estaban a punto de conseguirlo, cuando el vehículo se inmovilizó.

—Pero a qué esperáis, pedazos de idiota. ¿Queréis servirles de salsa? ¡Cubriros por donde os he dicho!

—No podemos, comandante. El sistema de desplazamiento no responde...

Una serie de trallazos se dejaron oír a continuación y vio cómo el vehículo de sus hombres se sacudía.

—¡Utilizad los rayos Alba! ¿Qué esperáis?

Nuevamente los trallazos sonaron y el vehículo que ocupaban sus hombres comenzó a echar humo.

—¡Roger, Roger...! ¿Pero qué os pasa que no entráis en acción?

—Lo hemos intentado, pero por lo visto han sido averiados.

Al mismo tiempo que hablaba Roger, Richard Daln pudo oír voces de pánico.

—¡Esto está empezando a arder...!

— 53

—¡Estamos en una ratonera...!

—¡Abandonemos el vehículo...!

El comandante Richard Daln no pudo contenerse y les gritó:

—¡Alto...! Que nadie abandone el vehículo. ¿Queréis

que os cacen como ratas...? ¡Utilizad los extintores, cabezas de chorlitos! Y resistid hasta que pueda ir a por vosotros.

Una vez dicho esto, se dirigió hacia la parte izquierda del panel y quedó frente a las dos máquinas, a las que comenzó a hostigar sin tregua alguna.

Tenía que jugarse el todo por el todo, de lo contrario sus hombres perecerían.

Las máquinas, al ver lo que se les venía encima, retrocedieron a toda velocidad hacia el campo exterior.

Richard logró alcanzar a una que quedó volatilizada.

La otra, ante tal perspectiva, imprimió toda la velocidad que pudo para zafarse de aquellos mortíferos rayos.

En su persecución, al salir al exterior, vio en la gran explanada a tres enormes naves amarillas y como en una de ellas, por una rampa ascendía la máquina que había puesto en fuga.

Oyó un fuerte estampido y acto seguido su vehículo rebotaba. Logró dominarlo y soltó un impulso de rayos que dio de lleno a la máquina que estaba a mitad de camino de la rampa.

El efecto fue fulminante. La máquina desapareció, al igual que la rampa, y al cabo de una fracción de segundo aquella nave que iba a albergar a la máquina estalló en medio de un enorme estruendo.

La onda expansiva tambaleó su vehículo y Richard

Daln quedó aturdido, pero sin perder el conocimiento.

Su preocupación eran las dos naves restantes y que

54 —

él presentaba un blanco infalible sin escapatoria posible.

Pero con gran satisfacción comprobó que aquellas dos naves, por lo visto, no querían saber nada de él y emprendían una veloz ascensión.

Dio un respingo de alivio y se dirigió hacia donde sus hombres estaban atrapados.

Comunicó por radio:

—Comandante Richard Daln a tripulación de la «6-R».

Podéis abandonar el vehículo.

Esperó un momento y no recibió contestación. Volvió a repetir la llamada y con el mismo resultado.

Dio más velocidad a su vehículo a tiempo que accionaba el mando de distancia para retirar el segundo panel de emergencia.

El vehículo donde estaba su tripulación, lo cubrían infinidad de cascotes del panel destruido y todavía estaba saliendo humo.

Lanzó un gancho de arrastre y accionó los motores a toda potencia para sacarlos de aquel montón.

Ya en campo libre, accionó los extintores que llevaba a bordo y sofocó las llamas.

Una vez conseguido esto, procedió a abrir la puerta de acceso.

Vio a sus hombres desvanecidos por doquier y con una densa masa de humo que invadía el recinto.

Procedió a abrir las escotillas para que se ventilara el interior y los fue sacando uno a uno, depositándolos en el suelo del hangar a tiempo que les quitaba la escafandra de que iban provistos.

Fue comprobando que poco a poco iban recobrando el ritmo de la respiración, para luego ir abriendo los párpados y adquirir conciencia de donde estaban.

— 55

A Richard Daln se le quitó un gran peso de encima, puesto que temía lo peor al descubrir en qué estado estaban.

No obstante, reprimió su alegría y quiso mostrarse inflexible:

—¡Venga...! Todos arriba. Os habéis portado como verdaderos ineptos. En vez de una tripulación, tengo unos párvulos que atender. ¡Sí que puedo fiarme de vosotros...!

Se fueron incorporando y todos estaban avergonzados por su inoperancia y que en vez de ayudar a su comandante, le habían ocasionado más complicaciones.

Al cabo de un rato, Roger Wood manifestó:

—Gracias, comandante.

—Dejaros de gracias y manos a la obra. Hay que

reparar el vehículo que habéis utilizado y dejar expedita

la salida por si hay que huir echando chispas!

Sus hombres bajaron la cabeza, todavía avergonzados.

Richard Daln ahora cayó en la cuenta que no habían recibido la más mínima ayuda de los habitantes de aquel planeta.

Esto le indignó en gran manera, por dos razones: por no haber sido auxiliados y por aquella seguridad de la puerta exterior y los paneles de emergencia que todo resultaba malo a la hora de la verdad.

Se dirigió a Roger Wood y le ordenó:

—Te haces cargo de los hombres y que quede todo listo cuanto antes. Yo voy a enfrentarme con el Zik y compañía. Me van a oír...

Refunfuñando entre dientes, procedió a quitarse su escafandra y el cinto del que pendía su arma. Pero

56 —

pensándolo mejor, se lo volvió a abrochar en su cintura.

Dado como se había desenvuelto todo, ponía en cuarentena toda cuanta seguridad le habían manifestado los dirigentes de aquel planeta.

Se dirigió de nuevo a Roger Wood:

—Lo primero que tenéis que hacer es llevar los vehículos a bordo de la nave y permanecer alerta para evitar cualquier sorpresa.

—Sí, comandante.

Ya se disponía a marcharse, cuando en el hangar hizo su aparición un oficial al mando de una nutrida tropa.

Se paró ante Richard Daln y, muy respetuoso, le comunicó:

—Señor, lamentamos todo lo sucedido. El Zik me manda para que me ponga a sus órdenes.

Iba a contestarle Richard que con lamentaciones no se conseguía nada, y más cuando estuvo en peligro su vida y la de sus hombres.

Refrenó sus impulsos juzgando que aquel oficial no tenía por qué recibir sus iras.

No obstante, no pudo evitar el mirarle de arriba abajo con cierto desprecio, y le dijo escueto:

—Lo primero que tienen que hacer es dejar libre la salida del hangar. En caso de tener que salir, nos veríamos con dificultades.

—Sí, señor. Ya están en camino las orugas.

El oficial comenzó a impartir órdenes en su lenguaje a aquellos hombres que se pusieron en acción inmediatamente, a tiempo que por la entrada del hangar aparecían las orugas encargadas de quitar todos los cascotes que interceptaban la salida.

— 57

En un aparte se volvió a dirigir a Roger Wood:

—Permanece con los ojos muy abiertos. No dejes que nadie suba a la nave. Lo que ha ocurrido me tiene

intranquilo y si se confirma lo que sospecho, tendremos que redoblar la vigilancia.

—¿No puedes decirme de lo que se trata?

—Más tarde te lo explicaré. Ahora voy a entrevistarme con el Zik.

—Bien; como quieras.

58 —

CAPITULO VII

Con pasos firmes y decididos, se dirigió hacia la sala de la Asamblea de los hombres que regían el planeta Aizik.

Al llegar a la antesala le detuvieron, preguntándole qué es lo que deseaba.

Con voz de trueno y con acritud, contestó:

—Richard Daln, comandante de la nave «6-R», desea ser recibido por el Zik inmediatamente.

—Un momento, señor. Participaré sus deseos.

El hombre que le dijo eso, desapareció por la puerta automática.

Richard, entretanto, daba grandes zancadas por la estancia mientras en su mente bullían miles de pensamientos.

A poco apareció el mismo que le había atendido, anunciándole que el Zik le estaba esperando.

Nada más penetrar en la gran sala, se dio cuenta

inmediatamente que la Asamblea estaba reunida en pleno

y sin faltar, cómo no, la bella Paizik.

El comandante de la «6-R» les miró severamente, antes de comenzar a decir:

—Señores, es inconcebible su pasividad ante los acontecimientos que se han desarrollado. Me considero con

— 59

derecho de exigirles una explicación que logre justificar su proceder.

Todos quedaron parados ante la decisión y contundencia de las palabras del comandante.

El Luerzik, que ya en la última entrevista chocó un

tanto con el comandante, iba a contestarle desabridamente cuando el Zik le dirigió una mirada para que se contuviera.

Fue el mismo Zik quien habló:

—Lamentamos profundamente lo sucedido y admiramos, con el mayor de los respetos, su arrojo y valentía.

—Señor, como comprenderá no bastan lamentaciones ni admiraciones para dilucidar el caso que me ha traído a su presencia. Quiero argumentos convincentes que justifiquen plenamente el comportamiento de ustedes.

El Luerzik no se pudo contener y saltó:

—Señor comandante, le exijo respeto a la Asamblea y no puede solicitar cuentas...

La sangre de Richard Daln comenzó a agitarse y no le dejó terminar de hablar:

—Cuando ha estado en juego la vida de mis hombres,

cuando he expuesto mi propia existencia en aras de la integridad de este planeta, esto, de por sí me confiere todos los derechos para exigir una satisfacción.

La tensión aumentaba por momentos y aquello parecía ir por-mal camino de continuar de aquel modo.

El Zik tomó de nuevo la palabra en tono conciliador:

—Al comandante Richard Daln le asiste toda la razón. Le será aclarado cuanto desee saber.

El Luerzik dirigió una mirada de furor al comandante y otra de soslayo al propio Zik.

60 —

Era evidente que entre el comandante y el Luerzik, se había establecido un marcado antagonismo.

En contraposición, en la bella Paizik se notaba una gran admiración hacia Richard; admiración que no trataba de disimular.

Richard tomó de nuevo la palabra:

—Necesito saber por qué no han colaborado ustedes.

—Lo teníamos todo dispuesto para la defensa; pero, por causas que se están investigando, nos hemos encontrado bloqueados y sin poder actuar.

—¿Se da cuenta del alcance de sus palabras, Zik?

—Sí; me doy perfecta cuenta y estoy altamente abrumado por ello.

—Y dígame, ¿a qué atribuye ese bloqueo?

—No puedo precipitarme en emitir un juicio. Le he dicho que las causas se están investigando.

—¿Cree usted que ese bloqueo ha sido originado deliberadamente por

las naves amarillas?

—No creo. Nuestro sistema es invulnerable a cualquier acción externa.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

La sospecha de Richard iba tomando forma, pero antes todavía quería esclarecer otros puntos.

Tomó de nuevo la palabra:

—Usted me afirmó que la puerta de seguridad externa del hangar que ocupa nuestra nave, era indestructible.

—Así es, y de este modo lo creía. La fórmula de los componentes que intervienen en la fabricación de las puertas de seguridad, es un secreto. Dicho material se

— 61

ha sometido a toda índole de pruebas extremas e invariablemente, siempre dio un resultado satisfactorio.

—Pues la evidencia ha demostrado todo lo contrario.

—Me es penoso reconocerlo, pero está en lo cierto.

—¿Y los paneles de seguridad secundaria?

—Están en el mismo caso.

—Es de suponer que, como medida de seguridad, los sistemas de emergencia de sus naves serán completamente independientes. ¿Es de este modo?

—En efecto, así es.

—¿Y cómo no se aprestaron a la defensa?

—Según me han comunicado, las rampas de lanzamiento dejaron de funcionar a poco de ponerse en marcha el mecanismo.

Richard se quedó pensativo, como tomando nota

mentalmente de aquellas palabras.

Continuó con su interrogatorio.

—Es de suponer que contarán con otros hangares.

¿No es de este modo?

—Efectivamente, así es.

—Dejado confirmado este supuesto, ¿cómo se explica que el ataque haya sido dirigido directamente al hangar que ocupa nuestra nave?

Al Luerzik se le notaba por momentos más nervioso y si sus ojos tuvieran el poder de la destrucción, el comandante terrícola hubiera quedado reducido a la nada.

El Zik recapacitó un momento y le contestó:

—Es una pregunta que me he formulado y por más vueltas que le doy, no hallo una contestación adecuada, por lo que he llegado a la conclusión que ha sido un simple producto de la casualidad.

62 —

—¿Cree usted una casualidad su empeño de intentar penetrar en el hangar en que está nuestra nave?

—Sinceramente, no hallo otra explicación.

—¿No cree que han sido un cúmulo de casualidades sumamente extrañas?

—¿Qué pretende insinuar, comandante Richard Daln?

—Por el momento, nada. Un simple comentario.

El Zik le miró escrutador y no creyó en su aclaración, y puede que

nadie de los allí presentes.

—¿Se han dado cuenta a lo que hemos estado expuestos?

—Hemos seguido, paso a paso, su hazaña y todos estábamos pendientes de su arrojo, deseando que nada les ocurriera y sufriendo por no poder acudir en su

socorro. Por eso cuenta con nuestra admiración, y me

he sometido muy gustoso a su interrogatorio.

En aquellos momentos hizo aparición un personaje

que hasta entonces no había visto.

Se trataba de una muchacha morena, llamativa, y que

tras una inclinación de cabeza dirigida a los allí congregados, se fue directamente a hablar con el Luerzik.

Mantuvieron un diálogo en su lengua nativa, por lo

que Richard se quedó sin saber lo que decían.

Intuyó que se relacionaba el tema con él, puesto que

tanto el Luerzik como la recién llegada, de vez en cuando le miraban.

A Richard no le hizo mucha gracia aquello y ya fuera

porque hablaba con aquel hombre o por descubrir algo

raro en la mirada oscura de la joven morena, que desde

el primer instante le resultó antipática.

Miró a Paizik y le pareció descubrir que la bella

rubia contempló despectivamente a aquella mujer.

Cuando terminaron con su jerga, la joven se inclinó

— 63

otra vez y no sin antes dirigir una mirada a Richard

de forma que podía calificarse de provocativa, dio media vuelta y se

fue.

El Luerzik se dirigió a Richard Daln en tono desabrido:

—He sido informado por mi colaboradora Ruizik, que le ha sido prohibida la entrada a su nave cuando ha ido a interesarse por su tripulación.

Richard le contestó con el mismo tono:

—No han hecho más que cumplir mis órdenes.'

—Es mi colaboradora...

—Lo siento. Mis órdenes son inflexibles.

El comandante Richard hubiera querido añadir más, pero de haberlo hecho pondría al descubierto sus sospechas y por ahora prefería silenciarlas.

El otro personaje allí en la mesa, el que le fue presentado como el Ejeizik, no intervino para nada. Con su aspecto bonachón, se limitó a tomar unas anotaciones.

El Zik, en tono conciliador, intervino:

—Bueno, señores, no hay que ponerse así. Estamos un poco nerviosos y no vayamos a desorbitar las cosas.

—Por mi parte, doy por olvidada la cuestión —expuso Richard.

—Por la mía, igual —se vio obligado a comentar el

Luerzik.

Pero ambos sabían que aquello fue la gota que colmó su recíproca aversión.

Se dio por finalizada la entrevista y antes de marcharse, el comandante Richard le hizo una seña imperceptible a Paikiz, dándole a entender que deseaba hablar con ella.

Cuando se dirigía hacia su nave, Paizik le salió al encuentro.

—Me ha parecido entender que querías hablarme.

—Sí, Paizik. Necesito que me consigas cuanto antes una entrevista con el Zik, pero a solas.

Un marcado desencanto se plasmó en las pupilas de la muchacha.

—¡Ah...! ¿Es eso?

—Pues claro. ¿Qué esperabas...?

Se contuvo, se dio cuenta de la brusquedad de sus palabras.

—Perdona, Paizik... Es que estoy un poco nervioso y a veces no puedo controlarme.

—Sí, comprendo.

—Contigo también quiero hablar, pero cuando esté más calmado.

—De acuerdo. ¡Ah! Y me alegro mucho de que no te haya ocurrido nada.

—Estas palabras procedentes de ti, son muy de agradecer.

—Entonces, ya te avisaré.

Así quedaron y puesto que a Richard no le interesaba estar expuesto a la mirada indiscreta de cualquiera, no quiso prolongar la conversación.

CAPITULO VIII

La bella rubia Paizik fue a por él para participarle que había logrado la entrevista con el propio Zik.

—Gracias. ¿Me espera ya?

—Todavía no. Más tarde.

—Magnífico. Así podremos charlar tú y yo un rato.

—Como quieras, Richard.

—Antes de hablar de nosotros y para que no sufras otra desilusión...

Richard se dio cuenta de que la muchacha enrojecía ligeramente, pero hizo como quien no se apercibe de ello y continuó:

—Quisiera que me dieras alguna información.

—Pues tú dirás.

—Por ejemplo, ¿qué concepto te merece la chica ésa, la morena que habló con el Luerzik?

—¡Ah! ¿Ruizik?

—Bueno; cómo se llame.

—Pues... no goza de muy buenas simpatías y no sé si debo decir...

—No temas, esto quedará entre nosotros.

—Es que...

—Anda, ya te he dicho que no se sabrá nada de cuanto me digas.

Paizik todavía titubeaba, pero ante la mirada de Richard, se decidió:

—En la comunidad goza de una fama de ambiciosa y que no repara en medios para conseguir sus propósitos.

—Esa fama, ¿se basa en algún hecho?

—Se saben algunos hechos, aunque en honor a la verdad, en ninguno de ellos se han podido aportar pfuebas.

—¡Ya...!

—¿Ha pasado algo?

—No, sólo lo que sabes. Mis hombres me ha dicho que, en efecto, con la excusa de interesarse por ellos, ha pretendido penetrar en nuestra nave y no la han dejado, cumpliendo lo que les había ordenado.

—Es mala enemiga esa Ruizik, Richard.

—Por su aspecto y su acción, así lo ha demostrado.

Mis hombres me han dicho que se puso hecha una furia y que les amenazó que presentaría sus quejas al Luerzik, como así lo ha llevado a efecto.

—Goza de su protección.

—Lo que me extraña es que un hombre con el cargo que representa el Luerzik, la mantenga a su lado.

—Aparte de sus ambiciones, es una eficiente colaboradora en el trabajo.

—¡Ya...! Y tratará de abarcar más de lo que sus funciones atañen.

—¿Cómo lo sabes?

—Mera suposición.

Richard quedó pensativo y al cabo de un rato preguntó:

—¿Qué opinión te merece el Luerzik?

— 67

Paizik se sobresaltó ante la pregunta que le hacía y

titubeante contestó:

—No sé si debo... Es uno de nuestros jefes y no...

—Vamos, vamos... Mis preguntas están guiadas hacia la consolidación de una teoría consecuente de los hechos que han acaecido y que nosotros, por ahora, hemos sido los que más han expuesto. ¿Me comprendes?

—Sí, me parece comprender. Pero de esto a hablar

de uno de los jefes que rigen el planeta Aizik...

—Te he dicho y repito, que cuanto hablemos quedará únicamente entre nosotros dos.

—Pero, Richard, has de comprender tú también mi posición.

—La comprendo perfectamente, y te voy a decir, para tu tranquilidad, que mis preguntas únicamente están encaminadas hacia vuestra seguridad y la nuestra propia.

—Pero..., ¿por qué?

—Eso llegarás a saberlo más tarde, si se confirman mis teorías. Ahora respóndeme con sinceridad a la pregunta que te he hecho.

—Pues... únicamente que es un tanto impulsivo y el

Zik siempre tiene que estar encima de él para evitar malestar entre la comunidad. Con eso de que es el más joven...

—Entiendo. Pero en la forma de desenvolverse, en el planteamiento de sus teorías, en el modo de actuar en el gobierno de esa comunidad, ¿has notado algo peculiar?

Paizik quedó pensativa como repasando su mente y poder darle una contestación satisfactoria a Richard.

—Pues, que en ciertas, ocasiones, parece que actúe

68 —

bajo la impresión de alguna influencia. Salvo eso, nada más.

—¿Y los otros miembros de la Asamblea?

—¡Ah! Ellos merecen mi mayor concepto y consideración.

—Muy bien, Paizik. Gracias por tu información. Ahora ya puedo actuar con conocimiento de causa...

Richard Daln hizo una pausa y luego mirando a la hermosa joven, le dijo:

—Y ahora hablemos de nosotros. ¿Te parece?

—Como quieras.

—He estado meditando con las palabras que me dijiste, Paizik.

—¿Qué palabras?

—Sobre la perfección humana que habéis conseguido en las féminas y desde este momento, con conocimiento

de causa, te digo que no es verdad.

—¿Por qué razón?

—Por una muy sencilla, que como tú no hay otra igual. Sobresales de las demás por tu encanto, por tu fascinación...

—Te agradezco tus elogios, pero no me convencen.

En nosotras son otros factores a los que damos importancia.

—¿Por ejemplo?

—Te citaré dos de ellos.

—Veamos.

—El grado de inteligencia y el puesto que se ha escalado en la comunidad.

—De acuerdo, pero son factores que unidos a la belleza contribuyen a realzarla más.

—Te repito que la belleza no cuenta.

— 69

—¿No ha de contar...? ¿Puede despertar las mismas sensaciones lo bello que lo corriente o vulgar?

—No repararemos en la belleza femenina, es la...

—Sí, ya lo has dicho, la inteligencia... Pero te olvidas de un factor primordial: el corazón.

—La función del corazón es meramente mecánica y no afectiva.

—Difiero en tu teoría. Aparte de la función mecánica, lleva consigo la afectiva, la que tú niegas, los sentimientos.

—Todo esto que- aludes lo desconozco. Es el cerebro lo que vale.

—Así, según tú, la atracción de sexos es un mito.

—Es una simple relación procreativa.

—¿Así simplemente? ¿Sin más?

—Así de simple.

—Entonces, yo te pregunto: ¿en qué se diferencia el humano con el animal?

—En este aspecto en nada.

Su respuesta fue tajante.

Richard quedó un tanto confundido.

—Estoy seguro que no dices la verdad. En este supuesto..., ¿tú te entregarías a esa función con el primero que te lo propusiera?

—Eso no.

—¿Entonces?

—Antes de llegar ese momento, se busca lo que denominamos «par».

—¿Y qué significa eso?

—Me explicaré... Todos los habitantes de Azik, aparte del nombre poseemos un guarismo. Por ejemplo, el mío es el trescientos. Este guarismo encierra el grado de inteligencia y la constitución somática del individuo.

70 —

—¡Ah, vamos...! Como si fuera una relación de sementales y hembras...

Paizik enrojeció un' tanto ante la crudeza de las palabras de Richard.

Pero sólo fue un momento fugaz, y prosiguió defendiendo su tesitura:

—Llámalo como quieras, pero este sistema lleva consigo una perfección de razas.

—¿Sois racistas?

—Tratamos de evitar que entre nuestros habitantes existan taras.

—Pero esto, en vez de comunidad, yo diría que más bien es una granja.

—Puedes denominarlo como quieras.

Richard se acercó a ella, la cogió por los hombros y mirándola con fijeza le preguntó:

—¿Quieres tú decirme que mi proximidad te resulta completamente indiferente?

Ella le miró con los ojos muy abiertos, y al cabo de un momento contestó:

—Sí.

—Mientes.

—¿Por qué?

—Has titubeado.

—No es cierto.

—Sí que lo es, de lo contrario tu contestación hubiera sido inmediata.

—Es que...

—Es que no quieres reconocer que lo humano no puede ser como lo animal. Por el hecho de ser humanos, en lo afectivo y racional, existe un abismo en relación

a los seres inferiores.

Paizik bajó la cabeza y él notó que se estremecía.

— 71

Apoyó sus dedos en el mentón de la muchacha y la obligó a que mostrara su faz, al tiempo que le decía:

—Mírame, no desvíes la vista.

La muchacha obedeció su indicación.

Entonces, él la fue atrayendo lentamente y sus manos fueron resbalando hacia la cintura, que quedó rodeada por sus brazos.

Sus cuerpos estaban muy juntos. El percibía de lleno la turgencia de sus senos, la agitación entrecortada de la joven, la ansiedad de sus labios...

El beso no tardó en producirse y fue prolongado.

En esta ocasión ella pareció corresponder a su caricia.

Richard sentía un goce infinito al tener de aquel modo a aquella criatura en sus brazos, y lo que logró mayor impacto fue el saber su reacción.

Cuando se separaron, Paizik estaba altamente turbada.

El comandante Richard Daln esbozó una sonrisa y le preguntó:

—¿Qué has sentido ahora, muñeca?

Ella pareció salir de su letargo y su expresión dulce, llena de sumisión, se convirtió en una furiosa, de acentuado despecho. La reacción, por inesperada, sorprendió altamente al comandante.

La mano femenina se alzó rápida y fue a estrellarse

en la mejilla del amante terrícola, y un sonoro chasquido irrumpió el silencio de la estancia.

Ya separada de él, le contestó a su pregunta:

—Lo que he sentido ha sido una rabia infinita. Mi nivel de inteligencia ha disminuido en muchos guarismos.

—Pero los ha ganado tu corazón.

72 —

—Nada tiene que ver esto

—Ya lo creo que tiene que ver y mucho.

—¡Te desprecio...!

—Bueno es que sientas algo, muñeca. Lo que he tratado de demostrarte es un hecho, y éste es que sientes, de que eres una mujer y no simplemente un ejemplar de

mujer.

Ella, de cuanto quería decir, no encontraba las palabras adecuadas para expresarlo y ante la burlona sonrisa de Richard, todavía se sentía en el más grande

de los ridículos.

Le miró olímpicamente, y dando media vuelta se alejó de su lado.

Richard se quedó contemplándola y aun con sus pasos rápidos y furiosos, no consiguió perder la armonía de sus movimientos.

Se acarició la mejilla castigada y se dijo:

«Es una preciosidad de criatura que ha pretendido demostrarme que carecía de sentimientos naturales en

una mujer. Ha valido la pena recibir el bofetón...»

— 73

CAPITULO IX

Por un emisario recibió una notificación precintada.

Procedió a abrirla y se le decía que el Zik le estaba esperando para recibir su visita, y se le adjuntaba un plano para saber por dónde debía dirigirse para dar con el despacho del alto dignatario de aquel planeta.

La nota iba firmada por Paizik. Por lo visto, tras su borrascosa entrevista, no tenía deseos de verle.

Rememoró el plano, luego se lo guardó y se dispuso a salir de su aposento para efectuar aquella entrevista en privado.

Llegó adonde se le indicaba y en aquel muro que había al fondo, se hizo una abertura dejando al descubierto un pasillo. Se introdujo en el mismo y el muro se cerró a sus espaldas. Avanzó unos pasos más y otra puerta se abrió.

Quedó a su vista una estancia reducida, con una mesa de trabajo tras la cual se hallaba el Zik.

Se levantó de su asiento y, con la amabilidad de siempre, le indicó que avanzara y se acomodara frente a él.

Una vez hecho esto, el Zik tomó la palabra:

—He considerado que, desde el momento que ha so-

74 —

licitado una entrevista en privado, es porque tendrá razones para ello, comandante.

—Así es, señor.

—Como habrá observado, no ha encontrado a nadie por el camino, adoptando esta medida por intuición.

—Ha hecho bien, puesto que lo que voy a tratar con usted, puede ser de una envergadura insospechada y, por el momento, el mantenerlo en secreto, favorecerá nuestros planes.

—Se expresa usted con una gravedad que me induce a pensar que se trata de algo de suma importancia.

—De este modo lo considero.

—Pues adelante, comandante.

—He estado meditando sobre los acontecimientos últimamente acaecidos.

—¿Y bien...?

—Entre sus súbditos existen fuerzas ocultas.

El Zik se le quedó mirando muy extrañado por aquella manifestación y preguntó:

—¿En qué se basa para hacer tal aseveración?

—En la manera de desarrollarse ese ataque por sorpresa y en los hechos que han concurrido durante el mismo.

—Si se refiere a que la acción fue directamente contra ustedes, ya le dije que la única explicación que cabía era la casualidad.

—Permítame que rechace de plano esa casualidad, señor.

—Es que usted se ha obcecado en una idea fija, comandante.

—No lo crea. Nosotros salimos de nuestra base en misión ultrasecreta con la finalidad de interceptar las naves amarillas. Luego se ignoraba nuestra misión.

— 75

—Es posible, pero no veo relación alguna con su teoría.

—La relación se establece a raíz de nuestra estancia en su planeta.

—No sé por qué, ya que fueron aparcados precisamente en un hangar especial para evitar que se difundiera su presencia.

—Ignoraba esta circunstancia, pero ello, en vez de echar por el suelo mi teoría, la afirma más.

—¿Por qué, comandante?

—Por la razón que tratándose de un hangar especial, como usted termina de decir, y ocupado por nosotros, fuera precisamente ese el atacado.

El Zik se le quedó mirando y ante su silencio, Richard Daln prosiguió:

—Tácticamente, si se efectúa una incursión de castigo al enemigo, lo que se persigue es destruir el mayor número de material ofensivo que pueda contar. Ustedes poseen otros hangares que albergan sus naves. Lo más lógico era que los atacaran para anular su acción.

—Sí, en eso tiene razón.

—Pero no actuaron de ese modo. Se limitaron a centrar su atención en nosotros.

—¿Y por qué piensa que han ido directamente a ustedes?

—Por lo siguiente: cuando mantuvimos el combate con sus naves, luego de las bajas que les ocasionamos y nuestra «6-R» averiada, con la ventaja clara en ellos, no nos destruyeron. Señal evidente de que pretendían apoderarse de nuestra nave.

—Sí. ¿Y bien...?

—Luego aparecen ustedes, nos liberan y nos remol-

76 —

can hasta su planeta albergándonos en ese hangar especial...

—¿Quiere usted decir que conocían su escondrijo?

—Usted lo ha dicho, señor; sabían perfectamente dónde estábamos. De ahí el efectuar un intento para apoderarse nuevamente de nuestra nave.

—Pero eso no es posible. Debido a la belicosidad de ese planeta de las naves amarillas, nosotros no tenemos relación alguna con ellos.

—Hay que rendirse a la evidencia, señor. Está claro que les interesa descubrir nuestros sistemas de maniobrabilidad que aventaja a los suyos y los medios de destrucción con que contamos muchos más efectivo que el de ellos.

—Comprendo. Si consiguieran estos adelantos, se convertirían en dueños absolutos del Cosmos.

—En efecto. ¿Comprende ahora que no ha sido una casualidad como usted creyó?

—Ante sus argumentos, debo de reconocer que le asiste toda la razón.

—Todo ello me ha llevado a la conclusión de que les ha sido notificada por alguien de aquí la presencia de nuestra nave.

—Comandante Richard Daln, ¿no cree que es muy aventurada esa afirmación?

—De ningún modo, señor.

—No bastan teorías para basarse en una posible acusación. Hay que aducir hechos.

—Pienso hacerlo.

El Zik estaba abrumado ante la seguridad del comandante Richard Daln, y más ante la eventualidad de la existencia de unos miembros de su comunidad traidores a la misma.

— 77

Richard continuó:

—Cuando mantuvimos la entrevista ante los demás miembros de la Asamblea, y que usted fue tan amable en satisfacer mis preguntas, existen unos hechos contundentes en que baso mi afirmación.

—Desearía que se explicara.

—Con mucho gusto. A mi pregunta de que si el sistema de bloqueo podía ser ejercitado por las naves enemigas, usted me contestó que no.

—Y así se lo vuelvo a afirmar.

—No tengo duda de sus palabras. Pero hay una pregunta que atormenta mi mente. ¿No puede haber llegado a conocimiento del enemigo el procedimiento del sistema de bloqueo?

El Zik se quedó asombrado ante lo que terminaba de manifestarle Richard, y sobreponiéndose dijo:

—Imposible, se basa usted en algo hipotético.

—Hipótesis que está respaldada por un hecho evidente, el del bloqueo.

—¿Pero cómo pueden saber con qué frecuencias operamos, qué sistemas y mecanismos usamos en nuestra amplia seguridad?

—¡Ah! Esto todavía constituye un enigma que se tendrá que descifrar y de qué móvil se han valido para conseguirlo. Lo evidente es que se ha producido.

Ante los razonamientos de Richard Daln, pareció que su firmeza se iba tambaleando dando paso a las dudas.

—Bien; dejemos por sentado esto. Continúe.

—Al recabar de usted sobre la indestructibilidad de la puerta de seguridad externa, me manifestó que fue confeccionada a base de una fórmula secreta que la hacían invulnerable.

—Y esta es la realidad.

78 —

—Pero los hechos han demostrado todo lo contrario, y lo mismo ha sucedido con los paneles de seguridad secundaria.

—Pueden haber usado un...

—Adelante. No se detenga, señor.

—Iba a decir que cualquier componente físico-químico...

—Usted dijo que ese material fue sometido a todas las pruebas extremas y que dio un resultado satisfactorio.

—Sí; en efecto, ésta fue la conclusión a que llegamos.

—Hay que rendirse a la realidad, señor. Este secreto también ha sido violado, pasando a dominio del enemigo.

—Me cuesta creer todo cuanto me dice, comandante.

Jamás se había dado un caso como éste en el transcurso de nuestra existencia.

—Siento abrumarle con mis sospechas, pero considero que sería mucho peor el silenciarlas. Si existe un mal, es mejor extirparlo a tiempo que hacerlo cuando

haya tomado proporciones gigantescas.

—Tiene mucha razón, comandante.

—Todavía hay más. Según me comunicó, el sistema '

de emergencia de sus naves es completamente independiente y que le comunicaron que comenzó a funcionar las rampas de lanzamiento para luego detenerse.

—Sí, así me informaron.

—Y siendo de este modo que comenzó su funcionamiento, ¿cómo se detuvieron las rampas posteriormente?

—Ya no sé qué contestarle. ¿Qué cree usted?

—Mis deducciones son las siguientes: dado que este sistema, por lo que creo entender, es independiente

— 79

y autónomo, no puede ser controlado desde el exterior;

por lo tanto, debió de interceptarse desde aquí dentro.

—¿Quiere usted decir que alguien ha efectuado el sabotaje, alguien de nosotros?

—Sin lugar a dudas. Y fíjese bien, esta circunstancia es el único camino que nos queda para tomarlo como punto de partida para descubrir quién o quiénes son los responsables de todo este cúmulo de anormalidades.

Ahí es donde han cometido el fallo y tenemos que aprovecharlo.

Llegado a este punto, una computadora que había al lado de la mesa del Zik, comenzó a funcionar y a poco él cogió unos folios impresos.

Antes de dedicar su atención a los mismos, se disculpó:

—Perdone un momento, comandante.

Richard asintió con la cabeza y esperó a que terminara su lectura.

Pudo comprobar que la fisonomía del Zik iba cambiando a medida que iba enterándose de su contenido.

Por fin, cuando terminó, estaba abatido y con voz apenas audible le participó:

—Se trata del resultado de las investigaciones llevadas a efecto sobre las anomalías que se produjeron durante la incursión de las naves amarillas.

Richard Daln se quedó tenso y con impaciencia inquirió:

—¿Qué resultado han dado?

El Zik se pasó la mano por la frente y luego por la cabeza. Mostraba un aspecto cansino y con desaliento le contestó:

—Tiene toda la razón, comandante Daln. Ha habido sabotaje y han sido detenidos los culpables.

80 —

Richard iba a decirle que desde un principio ya

sospechó esto, pero se calló para no aumentar su desaliento ante la confirmación de cuanto él había tratado de descubrirle.

—¿Han interrogado a esos culpables?

—Sí, lo han hecho.

—¿Se ha logrado desarticularlos?

—En este comunicado se me notifica que, por más que se les ha sometido a un laborioso interrogatorio, -no se ha logrado descubrir al responsable o responsables que han ordenado ese acto denigrante.

Richard quedó desalentado. Preguntó:

—Pero ellos, ¿se han reconocido culpables?

—En principio, no. Luego, por una serie de contradicciones, se han visto descubiertos entre ellos y no les ha quedado escapatoria para admitir su delito.

—Sin pretender inmiscuirme en su régimen interno, ¿podría decirme quién ha dirigido la investigación?

—El resto de los componentes de la Asamblea, el

Luerzik y el Ejeizik.

—¡Ya...!

Sólo dijo esto, pero inmediatamente pensó en la joven morena llamada Ruizik, y no supo por qué la relacionó con aquellos acontecimientos, sin dejar de incluir también al propio Luerzik.

La cuestión para él se le presentaba clara, pero no

podía lanzarse a una acusación abierta, puesto que, en honor a la verdad, carecía de pruebas.

Por otra parte, el Zik era un hombre prudente, pero podría molestarse ante su osadía de pretender acusar a un miembro de la Asamblea.

Se decidió a decir, para evitar preguntas ante un silencio prolongado:

— 81

—Vaya..., pues estamos como al principio.

—Por desgracia, eso creo.

—De todos modos, con mi mayor respeto, estoy convencido de que alguien importante juega en esto.

—No sé si será importante o no, pero en esto estamos de acuerdo. Unos simples eslabones carecen de efectividad si alguien no los une.

—Muy acertado su símil. Quien los haya unido ha sabido hacerlo bien para no quedar al descubierto.

—Pero le prometo que no quedarán sin castigo. Por

de pronto, los inculpados han sido confinados a perpetuidad en trabajos de minas, con pérdida absoluta de sus guarismos. ¿Sabe usted a qué me refiero?

Richard interiormente se rió y de forma maquinal se acarició su mejilla, para luego contestar:

—Sí, algo me han aclarado sobre el significado del guarismo...

—Es uno de los mayores castigos que se puede inferir a un habitante de nuestro planeta; es el sumirlos a la escala más baja, el considerarlos casi como cosas.

—¡Ya...!

—Somos inflexibles con quienes demuestran malos instintos, con los que no respetan nuestros principios y la libertad que sé les otorga. Por desgracia, el ser racional es muy complejo y en cuanto se establece un desequilibrio entre el bien y el mal, predominando este último, para nosotros ha perdido todo valor.

—En efecto, hay que velar por el bien común.

—He de confesarle, comandante, que todo esto me ha afectado en gran manera. Siempre he confiado en mi gente.

—Le comprendo, señor.

—Deposito en usted toda mi confianza para el es-

82 —

clarecimiento del caso. Se ha hecho acreedor a ello por la valentía y la inteligencia que me ha demostrado.

—Gracias, señor. Trataré de no defraudarle y hacer honor a esa confianza.

—De antemano sé que será así.

—Un ruego, señor. Le agradeceré que silencie nuestra entrevista, aun con sus más allegados. Únicamente está enterada la señorita Paizik, y creo que puedo confiar plenamente en ella.

—Gran muchacha Paizik, en todos los conceptos.

Puede estar seguro de ella.

Y dando por concluida la entrevista, el comandante

Richard Daln se levantó y se despidió de aquel venerable anciano.

* * *

Se reunió con sus hombres, y el subcomandante Roger Wood le preguntó en un aparte:

—¿Has sacado algo en conclusión de este embrollo?

—Bastante, y me hace presumir que la, situación es muy grave.

—¿Pero atañe a nosotros?

—Yo afirmaré que somos los principales protagonistas.

—¿En qué fundas tu supuesto?

Richard Daln le fue explicando las circunstancias

que habían concurrido, los hechos irrefutables, las conclusiones a que había llegado y la confirmación de todo ello a resultas de la entrevista que había mantenido

con el Zik.

— 83

Roger Wood le estuvo escuchando muy atento y al final de su relato exclamó:

—¡Caramba, Richard...! Esto es muy grave.

—Más de lo que supones.

—¿Pero tú crees que los de las naves amarillas están empeñados en apoderarse de nuestra «6-R»?

—Sin lugar a dudas. Y es más, para el logro de sus

finés cuentan con elementos importantes entre los habitantes de este planeta.

—¿Sospechas de alguien?

—Tengo dos puntos de partida, aunque, si he de confesarte la verdad, son meras suposiciones.

—¿Cuáles son esos puntos básicos?

—Únicamente te voy a revelar uno. Mi atención principal recae en esa muchacha que pretendió subir a bordo de nuestra nave, esa morena y que he averiguado que se llama Ruizik.

—¡Vaya...! Me causó muy buena impresión y he de confesarte que de no ser por tus órdenes, con mucho gusto la hubiera admitido.

—Pues precisamente la tengo conceptuada como elemento peligroso y si en otra ocasión intenta entrar en nuestra nave, déjala pasar y en ningún momento la pierdas de vista. Fíjate bien en cuanto puedas observar, en las preguntas

que haga y se las contestas,

siempre

y

cuando no le

reveles un secreto vital.

—¿Pero tú crees que volverá?

—Tengo esa corazonada. Te advierto

que no

te dejes

dominar por su belleza. Es inteligente, astuta, de las

que se traza un plan y no para en mientes para conseguir sus fines.

—Si que tienes mal concepto de la chica...

—Te he dicho anteriormente que es un punto de par84 —

tida y puede que constituya el único medio que nos ayude a desenmarañar este tinglado.

—Me parece que exageras un poco, Richard. Una chica así...

—Peores casos se han visto. Tú límitate a no perderla de vista, estar prevenido a sus preguntas y, sobre todo, a las contestaciones que puedas o puedan darle los demás miembros de nuestra tripulación.

—Así... ¿Tú crees que será conveniente alertarlos?

—Sí, pero únicamente lo concerniente a esa muchacha. Todo cuanto te he revelado, lo silencias.

—¿Por qué? Si ellos están enterados, podrán colaborar en el esclarecimiento del caso.

—Prefiero que lo ignoren y así evitaremos cualquier indiscreción.

—No creo que esa chica...

—No hay que fiarse, Roger. Tras su aspecto puede albergar sentimientos malsanos.

—Puede, pero...

—Límitate a lo que te he dicho y tenme al corriente de cualquier novedad.

—De acuerdo, serás informado de todo, Richard.

— 85

CAPITULO X

Richard Daln fue convocado para planificar la operación del ataque al planeta de las naves amarillas y terminar de una vez con sus desmanes.

Fue presentado a los allí reunidos por el propio

Zik.

Entre los concurrentes se despertó una gran admiración por aquel hombre que, por sí solo, se había bastado para desbaratar las intenciones del enemigo y no sólo esto, el infringirles un severo castigo y ponerlos

en fuga.

Richard pudo reconocer algunos rostros, aquéllos que

vio cuando se produjo la alarma y que le indicaron

que eran comandantes de otras tantas naves.

Se comenzó a discutir la operación.

El comandante de la «6-R» atendía al desarrollo de

aquel plan, mas su mente, de vez en cuando, se veía

turbada por una pregunta:

«¿Estará entre los presentes algún traidor...?»

Le preocupaba esta cuestión y hubiera preferido no

participar en aquella incursión sin que de antemano

quedara todo resuelto.

Por otra parte, si se abstenía, era como manifestar

a los cuatro vientos las sospechas que albergaba y, en

86 —

consecuencia, alertar a los promotores de aquellos actos

que secundaban los planes del enemigo.

Además, el rechazarlo llevaría consigo que le tildaran de cobardía y

aunque no fuera así, por lo menos declarar abiertamente que no deseaba colaborar con

ellos.

Lo que más le inquietaba era que allí estaban presentes los miembros de la Asamblea y, por lo tanto, el Luerzik, pero más concretamente la colaboradora de

éste, la joven morena.

Reparó en algunos momentos que el Zik estaba pendiente de él, como pidiéndole que se mostrara precavido y alertado para captar algún indicio.

Esta advertencia en realidad no hacía ninguna falta, puesto que él se había propuesto que no le pasara por alto cuanto juzgara digno de atención.

No obstante, se fue tomando nota de cuanto allí se decía y que a su juicio era lo más relevante.

Cuantas veces lo consideró oportuno, emitió su parecer o solicitó una aclaración sobre algo que se le antojaba un tanto confuso.

Si la admiración de los componentes de aquella reunión pertenecientes al planeta Aizik era ya relevante hacia el comandante Richard Daln, se acrecentó ante sus

acertadas intervenciones rebatiendo conceptos o aportando soluciones al caso.

Por fin se llegaron a las conclusiones de cuanto se dijo y se fijó el momento en que se debía de fijar la operación.

El Zik consideró que debía de pronunciar unas palabras, por lo que dijo:

—Únicamente os pido que cada uno cumpla con su deber y que toméis ejemplo del arrojo de un comandante

te terrícola, que no ha dudado ni por un instante en

exponer su vida, logrando por su reconocida valentía desbaratar y poner en fuga al enemigo común.

Richard se sintió molesto ante las palabras del máximo dignatario de aquel planeta.

No le sentaban bien los elogios y mucho menos que

le señalaran como ejemplo, puesto que para su criterio

él cumplió con su deber y esto le bastaba.

Los únicos que no acogieron con entusiasmo las palabras del Zik, fueron el Luerzik y su colaboradora Ruizik.

En cambio, la bella rubia Paizik, aunque trataba de

mostrar una total indiferencia, el brillo de sus preciosos

ojos la traicionaban por entero. Se sentía satisfecha de

aquel hombre.

Richard Daln, para contrarrestar las palabras del

Zik y quitar importancia a las mismas, manifestó de

forma espontánea:

—Señor, me vi envuelto en unos hechos y la casualidad hizo que terminara todo bien.

Pronunció la palabra «casualidad», y no supo por

qué, de una forma especial; esto no le pasó por alto al

Zik, por el interrogatorio a que se sometió primero y a

la conversación privada que sostuvieron después.

No obstante, en vez de molestarse por interpretarlo

como un reproche, le manifestó sinceramente:

—Su humildad le enaltece, comandante.

Richard se arrepintió de haber dicho aquello, puesto que sus palabras dieron lugar a un nuevo elogio.

En vista de lo cual, se limitó a guardar silencio para no dar pie a nuevas alabanzas.

88 —

Entonces la reunión se dio por finalizada y con las instrucciones pertinentes a cada uno, se retiraron a sus aposentos.

* * *

Antes de la hora señalada, imperaba gran actividad

y se notaba en el ambiente cierto nerviosismo.

Richard, reunido con sus hombres en la «6-R», les estaba poniendo en antecedentes de la operación conjunta que iban a emprender.

—La misión que nos ha traído al espacio sideral ha sido la de interceptar las naves amarillas para terminar con sus desmanes. Pero es evidente que si el mal no se ataja en su origen, más pronto o más tarde se producirá de nuevo.

Hizo una pausa, para continuar:

—Con destruir cierto número de naves amarillas, la finalidad primordial queda incompleta, puesto que repondrán esas bajas y sus incursiones seguirán produciéndose. Por lo tanto, hay que anular sus centros de fabricación para con ello impedir la reposición de

naves.

—Pero esto es de una envergadura enorme, puesto que es de suponer que contarán con una flota numerosa y se aprestarán a su defensa —apuntó Roger Wood un tanto desalentado.

—Son muy acertadas tus palabras, Roger. Nuestro objetivo era la destrucción de unas naves amarillas con la esperanza que el castigo inflingido les hiciera meditar y abstenerse de sus incursiones a nuestro planeta. Pero posteriormente hemos averiguado que no somos sola-

— 89

mente nosotros los perjudicados, sino que sufren las consecuencias los habitantes de aquí.

Robert Bur, más calculador, expuso:

—De todos modos, comandante, aunque les aventajemos en movimiento y armamento, poco podremos hacer ante una superioridad numérica, y lo que nos sucedió se puede repetir.

—Efectivamente, Robert. Solos poco podríamos hacer, pero ante la oportunidad que se nos brinda con la colaboración de las fuerzas del planeta Aizik, podemos

redondear nuestro objetivo de una vez para siempre.

Para ello he recabado autorización del Alto Consejo de la Tierra y nuevamente han dicho que adelante.

—¿Y si sufrimos alguna avería que nos impida maniobrar con soltura?
—se atrevió a preguntar el primer mecánico Ronald Laitin.

Le contestó el comandante Richard Daln:

—Para evitar esta eventualidad contamos con una

escolta de naves Aizik, que con sus procedimientos de

anulación de campos magnéticos y agotamiento de baterías de las naves amarillas, nos proporcionarán cierta seguridad en caso de avería.

—¡Ya!... Comprendo.

Quedaron en silencio, como recapacitando en las palabras de su comandante y como se prolongaba más de la cuenta. Richard manifestó:

—¿Alguna pregunta más? Si tenéis alguna duda, ahora estáis a tiempo. Luego no nos quedará lugar para aclaraciones.

Nadie preguntó, por lo que el comandante, dando por finalizado el coloquio, les recomendó:

—Equipaos convenientemente y cada uno a su puesto... Y suerte para todos.

90 —

Una vez situados en la cabina de mandos de la astronave el comandante Richard Daln y el subcomandante Roger Wood, este último le comunicó por línea directa:

—Richard, ha estado en la nave la morena ésa.

—Lo presentía.

—Tus sospechas se han confirmado. Con disimulo ha mirado cuanto ha podido y muy diplomáticamente ha formulado preguntas, como sin importancia, que de no estar advertido se las hubiera contestado con la mayor naturalidad.

Richard esbozó una sonrisa y preguntó:

—¿Verdad que ha centrado su interés en los sistemas

de maniobra y en el armamento de que disponemos?

—¿Y cómo lo sabes?

—No hay que ser muy inteligente para sospecharlo y más luego de exponerte que está bien claro que les interesa atrapar a nuestra nave.

—¡Lástima de muchacha!... No tendría inconveniente de enamorarme de ella. Es bonita y está... Bueno, está muy bien.

- 9 1

CAPITULO XI

No tuvieron más tiempo para extenderse sobre el tema, puesto que les fue comunicado que las naves de vanguardia ya estaban en el espacio y las asignadas a su escolta y apoyo, dispuestas para el despegue cuando Richard lo ordenara.

Comunicó a su tripulación:

—Muchachos, en marcha.

La plataforma sobre la que se posaba la «6-R» se puso en movimiento hacia el exterior del hangar.

Una vez en el espacio libre, Richard comunicó:

—Atención, atención... Nave «6-R» a Control. Dispuestos al despegue.

A poco se oyó una voz:

—Control a «6-R». Adelante.

Con los motores impulsores a pleno rendimiento, la

nave fue elevándose majestuosamente para adquirir inusitada velocidad a los pocos segundos.

Ya contrarrestada la acción de la gravedad ejercida por el planeta Aizik, establecieron un compás de espera para que se les unieran las otras naves, según el plan previsto.

No se hicieron esperar mucho. A poco el teniente

Raymond Tate dio la novedad:

92 —

—Avistadas naves escolta.

—De acuerdo —contestó Richard lacónico.

A medida que las naves se acercaban, fue imprimiendo más velocidad a la «6-R», hasta que quedaron en una posición paralela.

Fueron surcando el Cosmos infinito sin que surgiera ninguna novedad, mientras iban acortando distancias del objetivo.

Habían establecido contacto con las naves de vanguardia y hasta el momento todo se iba desarrollando según el plan previsto.

A la velocidad de la luz que navegaban no tardarían ya en atisbar aquel planeta belicoso que lanzaba sus naves amarillas para cometer sus fechorías.

Richard no hacía más que recabar de las naves de vanguardia si había alguna novedad.

La contestación de Raymond, al cuidado de las comunicaciones externas y de rastreo, era invariable:

—Todo sigue sin novedad, comandante. Dicen que no

se ha presentado ninguna anomalía.

—Gracias, Raymond. Repite la llamada cada dos minutos.

—A la orden.

Al comandante de la «6-R» comenzaba a preocuparle

aquella pasividad del enemigo y al mismo tiempo se suscitaba en él la esperanza de poder llegar a una proximidad ventajosa que les permitiera destruir las naves amarillas, sus bases de lanzamiento y con ello cortarles

todo medio de defensa.

Richard ya no se pudo contener y exteriorizó sus pensamientos:

—Roger, esto no me gusta nada.

— 93

—¿Por qué? Ya ves que las naves de vanguardia no han dado la alarma todavía.

—Precisamente por eso. Según la computadora vamos a entrar en una zona en la que ellos deberían de haber hecho acto de presencia para defenderse con ciertas probabilidades de éxito.

—A lo mejor no se han enterado de lo que les viene encima.

—¡Hum!... No sé por qué, pero esa probabilidad la considero muy remota.

Nada más terminar sus palabras, cuando Raymond anunció:

—Comandante, las naves de vanguardia han establecido contacto con el enemigo.

—Que mantengan comunicación continuada. Transmite a las de escolta que vamos para allá.

Raymond hizo lo que su comandante le ordenó y las naves respectivas comunicaron haber recibido el mensaje.

A poco, las naves de vanguardia comunicaban que un contingente enemigo les había sorprendido por detrás, intercalándose en el espacio que le separaba de ellos, al tiempo que aparecían otras naves amarillas a derecha e izquierda, y podían detectar otras tantas que salían a su encuentro.

Richard comentó con Roger:

—Lo que me temía. Han mordido el anzuelo y ahora están copados.

—¿Y qué podemos hacer?

—De momento nada.

Y dirigiéndose al teniente Raymond Tate, le ordenó:

—Comunica a las naves de vanguardia que se batan en retirada, así dará tiempo a que acortemos distancias

94 —

y acudamos en su auxilio cuanto antes. También diles a las naves de escolta que impriman velocidad máxima.

Se transmitió lo que indicó Richard, a tiempo que éste sometió a los turboimpulsores a su máximo rendimiento.

Las naves de escolta les seguían a duras penas.

De vanguardia se recibían noticias alarmantes. Las

naves amarillas atacaban de forma masiva, y se les

hacía muy difícil la defensa a los de Aizik.

A poco, sin saber de dónde, se les vino encima un contingente de naves amarillas con la misma disposición táctica, es decir, cortándoles el camino para ir en auxilio de las naves de vanguardia e impidiéndoles la retirada.

Richard no vaciló un momento.

—Nos hará falta el hacer uso de todos los elementos

ofensivos de la nave. Hay que abrirse paso como sea. Ro-

bert, los impulsos con rayos Alba al infinito. Los normales ya sabes que los resisten las corazas de las naves amarillas.

—Sí. comandante.

—Tú, Roger, hazte cargo de la defensa de babor.

—A la orden.

—Ronie, a la popa.

—A la orden, comandante.

—La defensa de proa corre a mi cargo.

Esta multiplicación de dispositivos de ataque en la

«6-R» únicamente lo utilizaban en casos extremos.

El comandante Richard Daln sabía por experiencia

que resultaba peligroso el permitir un cierto acercamiento de las naves amarillas, puesto que entonces caerían en la influencia de su campo magnético y les anularía todo movimiento como la primera vez.

Para contrarrestar esa acción contaba con la coope-

ración de las naves de escolta que disponían de dispositivos para

neutralizarlo.

Pero tal como se habían presentado las cosas, ya harían bastante con defenderse, por lo que únicamente contaba con sus propios medios.

Una nave amarilla que se les acercaba más de la cuenta, Richard la encuadró en su visor y le mandó una andanada de impulsos. En el acto se desintegró.

Otra amarilla y una de escolta, entraron en colisión y estallaron en el Cosmos con una viva llamarada.

Robert dio cuenta de otra que se le puso a tiro.

Richard también eliminó otra que le impedía el paso y acto seguido, teniendo un espacio libre ante él, aceleró los turboimpulsores y se lanzó hacia adelante para alcanzar la zona en donde combatían las naves de vanguardia y cerciorarse de la situación al tiempo que les prestaba su auxilio.

Estaba a punto de alcanzar su propósito, cuando hicieron acto de presencia cuatro naves amarillas que se dispusieron en círculo alrededor de la «6-R».

Las intenciones del enemigo eran claras. Persistían en sus propósitos de atraparles a toda costa y Richard no estaba dispuesto a que se salieran con la suya.

Accionó los retroimpulsores para aminorar la velocidad.

Entre sus hombres cundió la alarma y así lo manifestaron.

—Comandante, los motores bajaron de rendimiento

—comunicó Roger.

—Richard, ¿qué pasa que no vamos como antes? —inquirió Roger.

El comandante de la «6-R» sonrió para sus adentros y con energía les ordenó:

—Que cada uno centre su objetivo en la nave amarilla que tenga más próxima y cuando dé el aviso, mandad la andanada de impulsos de rayos Alba al infinito al unísono. Un solo fallo de uno de nosotros nos resultaría de fatales consecuencias.

Richard había tramado que al reducir velocidad, el enemigo pensaría que sus campos magnéticos estaban ya ejerciendo su influencia y, por tanto, se acercarían más para anular todo movimiento en la «6-R» y conseguir su intento de apoderarse de ellos de una vez.

Por otra parte, tenía que tener cuidado que la fuerza del campo magnético no fuera masiva, pues entonces sus intenciones no le darían el resultado apetecido.

Las naves amarillas cayeron en la trampa que les tendió Richard. Se iban acercando más y más, estrechando el cerco alrededor de la «6-R».

Richard iba comprobando el potencial del campo magnético imprimiendo celeridades intermitentes a los turboimpulsores.

Cuando notó que no respondían a pleno rendimiento, comunicó a sus hombres:

—Preparados. ¡Ya!

Actuaron todos como un solo hombre y como había previsto Richard, las naves amarillas quedaron fuera de combate.

Fue evidente que el campo magnético quedó anulado

puesto que se notó una gran aceleración en la «6-R».

La alegría de la tripulación quedó bien patente cuando manifestaron:

—¡Hurra!...

Comandante, no hay quien nos resista adujo Ronald.

—Menudo susto me has hecho pasar, Richard. Creí que ya estábamos atrapados —comentó Robert.

— 97

—¿Se te han puesto las canas amarillas, vejestorio?

—bromeó Ronie al escuchar las palabras de Robert.

La reacción de éste no se hizo esperar:

—Rebuznas como un pollino insensato. ¡Mequetrefe!

Todos rieron las palabras que se cruzaron y se hubieran enzarzado ambos a no ser por Richard que manifestó:

—Bueno, no hay que dejarse llevar por la euforia. Nos queda mucho quehacer todavía. Vamos a tratar de abrir camino para el regreso de las naves de vanguardia, que presumo lo estarán pasando mal. ¿Qué es lo que dicen, Robert?

—Que están defendiéndose a duras penas.

—Diles que vamos a echarles una mano.

—A la orden.

—Que nadie abandone su puesto. Seguiremos con la misma táctica.

Ya podían apreciar a simple vista las naves que evolucionaban en el espacio. Dentro de un momento estarían en la zona de combate.

Dos naves amarillas se apercibieron de su presencia y fueron raudas al ataque.

Pero Richard en esta ocasión no las dejó acercar.

Mandó sendas andanadas y las eliminó.

Avanzaron más y Roger y Robert dieron buena cuenta de dos más.

Con esto habían logrado despejar la retaguardia y

Richard le ordenó a Raymond:

—Comunica a las naves de vanguardia que se retiren

escalonadamente por la brecha que hemos abierto. Nosotros trataremos de mantenerla.

Vieron como una nave de Aizik y otra amarilla sucumbían ante sus respectivos fuegos.

98 —

Luego fueron retirándose tal como había ordenado

Richard y tuvieron que acudir en auxilio de las dos

últimas naves amigas, ya que las amarillas se lanzaban como enjambres sobre ellas.

La efectividad de ataque de la «6-R» se hizo notar. Dos

naves amarillas más quedaron eliminadas y ante la

contundencia del ataque las demás optaron por la retirada.

Sólo quedaba salvar el escollo en que estaban metidas las naves de escolta.

Para ello, Richard Daln comunicó:

—Raymond, mensaje a las naves. Que se mantengan

en línea en un amplio frente y cuando avistemos la posición de las

naves de escolta, que inicien un movimiento envolvente. De este modo pillaremos a las amarillas entre dos fuegos.

Transmitió lo indicado por Richard y fueron adoptando la posición en línea para luego sorprender al enemigo común.

La «6-R», en esta ocasión, era la que iba en vanguardia a pleno rendimiento.

Seguramente las naves amarillas fueron alertadas del grueso de efectivos que se les venía encima, ya que cuando las divisaron iniciaron una desordenada retirada.

Ante la «6-R» presentaron un blanco perfecto tres naves amarillas y Richard no dudó un momento en atacarlas.

El se encargó de la que tenía frente a él, Roger la que caía a la derecha y Robert la de la izquierda.

Las tres quedaron eliminadas y el desconcierto cundió tanto en el enemigo que su retirada fue como el sálvese quien pueda.

— 99

Esto, naturalmente, lo aprovecharon las naves del planeta Aizik para dejar fuera de combate a un par de naves amarillas.

Observando Richard que dos naves amigas, concretamente la «A-K-50» y la «A-K-220», tenían sometida a su dominio a una nave amarilla que llamó poderosamente

su atención por parecerle haberla visto en otra parte, y que de un momento a otro la iban a destruir, Richard se apresuró a indicar a Raymond:

—Comunica a la «A-K-50» y a la «A-K-220» que traten de anular las baterías de la nave amarilla y que la remolquen al planeta Aizik. Que se abstengan de destruirla, quiero a los tripulantes vivos y con su nave.

—A la orden, comandante. Mando mensaje.

Raymond se puso en contacto con las naves indicadas y pudieron apreciar que la amarilla quedaba apresada por las del planeta Aizik.

Otras naves amigas salieron en persecución de otras tantas enemigas y entonces Richard le dijo a Raymond:

—Transmite a esos insensatos que vuelvan a la formación. Es una temeridad, quedarán aislados y serán destruidos.

Fue lanzado el mensaje. Pareció que al principio se resistían, pero luego fueron virando e incorporándose a la formación.

Richard entonces ordenó el regreso al planeta Aizik.

Antes de disponerse a tomar tierra en las bases del planeta, Richard le pidió a Raymond que le conectara en circuito cerrado con los comandantes de las naves amigas que habían quedado tras aquella contienda.

Raymond le anunció:

—Comunicación en circuito cerrado establecida con las demás naves.

100 —

Entonces Richard se puso al habla:

—Atención, atención, comandante de la «6-R» a comandante de la flota Aizik. Por necesidades de seguridad, ruego a los jefes y tripulación mantengan el más estricto secreto sobre la nave apresada. Deberá ser aparcada en el hangar que ocupa nuestra nave. Comuniquen haber recibido mensaje, especialmente las naves

«A-K-50» y «A-K-220».

Acto seguido se fueron recibiendo, en orden correlativo a sus siglas, las comunicaciones de haber recibido el mensaje y su confirmación de mantener el secreto.

Richard, por último, se puso otra vez en contacto con ellas y les manifestó:

—Gracias, señores. En su día se les comunicará el porqué de esta medida. Como anticipo de la misma, les diré que es de vital importancia para la protección de su planeta.

— 101

CAPITULO XII

Tan pronto tomaron tierra, la nave amarilla fue situada en el mismo hangar que ocupaba la «6-R», y esta operación fue efectuada con el mayor sigilo, Richard le

ordenó a su subcomandante:

—Mantén una continua vigilancia. Saca los vehículos de nuestra nave, sitúalos en posición estratégica y no dudéis en disparar si pretenden salir de la amarilla. Cualquiera que se acerque, habitante de este planeta, interceptadle el paso. Todos los accesos al hangar manténlos cerrados. Cambia las frecuencias de sistemas de apertura de los accesos y la consigna para franquear el paso será T-S-6-R, o sea, Tierra-Sol y las siglas de nuestra nave. ¿Entendido?

—Sí, Richard.

—Mientras, yo voy a entrevistarme con el Zik para ponerle en antecedentes y tomar una determinación.

—Serán cumplidas tus órdenes.

Richard, acto seguido, se encaminó por aquellos pasillos que conducían al despacho privado del Zik, con la esperanza de hallarle allí.

En efecto, su esperanza se vio confirmada cuando las puertas se fueron abriendo ante su presencia.

El Zik le recibió con la ansiedad reflejada en su ros-

102 —

tro y, sin poderse contener, le preguntó lleno de impaciencia:

—¿Qué ha pasado, comandante? ¿Todo ha ido bien?

—Señor, lamento comunicarle que la misión ha sido un fracaso.

—No puede ser... ¿Cómo ha sido eso?

—Si me lo permite, posteriormente le presentaré un informe detallado de todo lo acaecido. Lo importante en el momento presente es otra cuestión.

—¿De qué se trata?

—Me he tomado la libertad de ordenar a sus hombres

que apresaran una nave amarilla y abusando en mis funciones, ha sido aparcada en el mismo hangar que ocupa la «6-R». Dicha nave está custodiada por mi tripulación

y con la orden expresa de no dejar pasar a nadie.

—Muy acertadas todas sus medidas, comandante.

—Ahora la cuestión estriba en el modo que se podrá

guardar el secreto de la presencia de dicha nave e igualmente el someter a un interrogatorio a la tripulación de la misma.

—En cuanto a lo primero, poseemos un hangar adicional al que

ustedes ocupan donde se puede ocultar la nave amarilla y únicamente conocido por mí y por mi

guardia personal. Referente a lo segundo, tenemos personal especializado y presididos por el resto de los miembros que componemos la Asamblea.

—Con mi mayor respeto, señor, le ruego que prescinda de esos dos miembros y sea usted quien presida el interrogatorio con su guardia personal y asistidos de mi

tripulación.

—Esto que me pide altera las normas de nuestros procedimientos, comandante.

—No me hubiera atrevido a solicitar esto, dado que

— 103

considero se trata de un caso excepcional y que de ello depende el poder desenmascarar a quienes se ocultan en el anonimato para proporcionar informes y facilidades al enemigo.

—Siendo así, no me queda más remedio que admitir su sugerencia.

—Otra cosa, señor. Solicité de los comandantes de las naves que regresaron de la incursión contra el enemigo, que mantuvieran el más completo secreto sobre la captura de la nave amarilla. ¿Se puede confiar en su palabra?

—Por completo. Todos los tripulantes de naves de este planeta tienen que rendir cuentas directamente a mí y antes de pisar una nave, personalmente les tomo un juramento especial que saben no pueden quebrantar.

—Me tranquilizan sus palabras, señor. Lo primero que

urge es poner a buen recaudo la nave amarilla. Ignoro

si sus tripulantes precisarán una adaptación a la atmósfera de este planeta.

—Según los informes que obran en nuestro poder, su

atmósfera es similar a la nuestra.

—Mejor. Esto nos ahorrará tiempo.

—Desde luego, pero como medida preventiva, tendremos que insensibilizarles para sacarlos de la nave.

—Pues me permito sugerirle, señor, que cuanto antes

nos pongamos en acción, mejor. Ganaremos un tiempo

precioso.

El Zik manipuló con las comunicaciones internas y

en su lenguaje sostuvo una conversación:

Al cabo de la cual le anunció:

—Mi guardia personal se dirige al hangar secreto. Yo

104 —

haré lo mismo y usted reúnase con sus hombres. Vamos

a ponernos en acción inmediatamente.

Richard se levantó y se despidió.

—Hasta luego, señor.

* * *

El comandante Richard Daln se fue directamente

adonde se encontraban sus hombres.

Cuando fue detectada su presencia, desde dentro del hangar solicitaron la consigna que habían establecido: —T-S-6-R.

Le fue franqueada la entrada y Richard preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Todo sigue tranquilo, comandante. Como si no hubiera nadie en la nave apresada.

Fue el mismo Roger quien contestó a su pregunta.

Richard puso en antecedentes a sus hombres del resultado de su gestión y lo que habían planificado.

Nada más terminar su explicación, el muro de la derecha del hangar que ocupaban las dos naves, y que miraba hacia la salida, se fue retirando lentamente hasta

dejar al descubierto otro espacio de idénticas dimensiones al que ellos estaban.

Acto seguido, la plataforma en que reposaba la nave

capturada, se puso en funcionamiento y se fue desplazando hacia el hangar lateral.

Richard y sus hombres, sin dejar de vigilar, siguieron a la nave y una vez traspasaron la entrada, el muro volvió a su posición primitiva.

Allí, tras una gran cabina de seguridad y con una

— 105

serie de aparatos electrónicos, se encontraba el Zik con sus hombres.

Por un altavoz el mismo Zik comunicó:

—Comandante Richard Daln, venga a esta cabina de seguridad con su tripulación.

Una vez allí, el Zik le hizo sentar a su lado y sus

hombres fueron ocupando los asientos de aquella especie de paraninfo con gradas semicirculares.

—Ahora les vamos a someter a la acción de los rayos insensibilizadores. Por eso les he hecho venir ya que aquí estamos aislados. Mientras, mi guardia hallará las frecuencias de cierre para contrarrestarlas y abrir las escotillas de la nave amarilla.

En efecto, los hombres del Zik fueron manipulando en aquellos aparatos y poco después se abrieron dos escotillas al tiempo que emergía una rampa de acceso.

Conseguido esto, los miembros de la guardia personal de la máxima autoridad de aquel planeta se introdujeron en la nave amarilla y fueron sacando a sus tripulantes, completamente inconscientes.

A medida que los sacaban les iban colocando en unos asientos que había frente a la cabina de seguridad y eran despojados de las armas que llevaban al cinto y de cuantos efectos traían.

Todo ello lo fueron depositando en unas bateas existentes frente a cada prisionero y a cierta distancia de los mismos.

Fueron sacados hasta veinte en total.

El jefe de la guardia comunicó que no había más y se fueron retirando a la gran cabina de seguridad.

Una vez estuvo toda la guardia en aquel recinto, el Zik accionó un dispositivo y alrededor del asiento de cada prisionero emergió una cabina individual, única106 —

mente transparente al frente, o sea que no se podía

ver un prisionero a otro.

El Zik le explicó a Richard:

—Se trata de cabinas individuales de seguridad y aisladas de todo sonido. La comunicación que se establece con quienes la ocupan, es directa y los demás no se

enteran. En caso de careo, se puede establecer comunicación general.

—Muy acertada medida —comentó Richard.

—Ahora se les someterá a la acción de rayos reanimadores y podremos comenzar el interrogatorio.

Los prisioneros eran hombres normales, pero con el denominador común que su piel era de un color ceniza, frente estrecha y ojos pequeños, bastante juntos, más de lo normal, y quizá sus extremidades superiores no guardaban proporción con las inferiores.

Aquellos seres fueron adquiriendo movimiento en sus respectivos recintos. A medida que iban recobrando conciencia de la situación en que se hallaban, el estupor se reflejaba en sus rostros cenicientos.

Transcurrido un plazo determinado, el Zik tomó la palabra:

—Tripulantes de la nave amarilla, son ustedes prisioneros del planeta Aizik. No les va a suceder nada, siempre y cuando colaboren con nosotros. Requero del

jefe de la nave que se ponga en pie.

Los prisioneros quedaron inmóviles. Las palabras del Zik fueron repetidas en una jerga distinta a la que utilizaban en el planeta Aizik.

El resultado fue el mismo. Nadie se levantó.

El Zik habló de nuevo:

—Lamento que se obstinen en no colaborar y sentiré

más que tengamos que recurrir a extremos desagradables.

Accionó un pulsador y la batea que estaba frente al

primer prisionero, contando por la izquierda, por mediación de un soporte se colocó frente a la mesa que ocupaban el Zik y el comandante Richard.

Examinaron el contenido de la batea sin resultado satisfactorio. Lo mismo sucedió con las tres siguientes.

Ya iba a pulsar la que correspondía a la quinta, cuando de la cabina nueve se levantó el prisionero que la ocupaba.

Establecieron comunicación directa. El Zik preguntó:

—¿Es usted el jefe de la nave?

—Sí —respondió el prisionero.

El Zik, dirigiéndose a Richard Daln, le indicó:

—Puede interrogarle, comandante.

—Gracias. Señor jefe de la nave amarilla. ¿Tenían orden expresa de apresar una nave terrícola?

—Antes de contestar a cualquier pregunta, exijo una garantía de que nada les sucederá a mis hombres.

—Como comprenderá, no está en una posición para exigencias. No obstante, mantengo lo dicho al principio, así que de ustedes depende... Conteste a la pregunta formulada.

El jefe de la nave amarilla todavía titubeó un poco, pero ante las palabras del Zik que garantizaban su vida

y la de sus hombres, se decidió a hablar:

—Sí, exactamente a la «6-R».

—¿Por qué?

—Nos produjo dos bajas en el primer encuentro que mantuvimos y se dio orden de captura para descubrir
108 —

su sistema de maniobra y armamento. Lo hubiéramos conseguido, de no acudir en su auxilio las naves de este planeta.

—Cuando realizaron la incursión al planeta Aizik, ¿sabían que la «6-R» estaba aquí?

—Por intuición, se sospechaba de su presencia.

—¿Puede decirme cómo localizaron el lugar exacto?

El jefe de la nave amarilla titubeó un poco. Se resistía a contestar.

Richard repitió la pregunta a la que manifestó:

—Nosotros recibimos las órdenes de nuestros mandos.

—¿Tomó usted parte en esa incursión?

El interrogado pareció quedar sorprendido por la pregunta y se quedó callado un momento para luego responder:

—Pues... no.

Richard se levantó y fuera de sus casillas dio un puñetazo sobre la mesa, a tiempo que decía señalándole con el índice:

—¡Miente!... Su nave no está aquí por casualidad.

No se me ha olvidado el anagrama que ostenta de cuando estuvo aquí y por eso ordené que la apresaran.

Si desconcertado quedó el prisionero, no menos gratamente sorprendidos quedaron el Zik, la tripulación de la «6-R» y los demás hombres que allí habían.

Ante tan contundente revelación, el jefe de la nave amarilla quedó anonadado.

Richard aprovechó el momento psicológico por el que estaba atravesado el prisionero y volvió a la carga:

—¿Cómo localizaron el lugar exacto de la «6-R»?

—Por... nuestro servicio de información.

—¿Quién o quiénes constituyen esa red?

—Lo ignoro.

— 109

—¿Son gente de este planeta?

—Sí.

—Una última pregunta. ¿Se les informó de la operación de castigo que íbamos a efectuar?

—Sí, les estábamos esperando.

Richard, dirigiéndose al Zik, manifestó:

—Nada más, señor.

Los hombres del Zik continuaron el interrogatorio en que fueron confirmadas las palabras del jefe de la nave amarilla y en lo referente a los espías del planeta Aizik, no pudieron sacar nada en concreto.

Los prisioneros fueron puestos a buen recaudo y la reunión se disolvió.

110-

CAPITULO XIII

Estaba en su aposento cuando fue sorprendido por la grata presencia de la rubia Paizik.

Se quedó parada ante la puerta mirándole fijamente, como si se hubiese arrepentido de aquel paso dado.

Richard Daln, que estaba inclinado sobre su mesa de trabajo preparando el informe de cuanto había acaecido en aquella fracasada expedición, al ver a la joven procedió a levantarse del asiento que ocupaba.

Esbozó una sonrisa, como incitando a la muchacha a que terminara de pasar, y la saludó amable:

—¡Hola, Paizik...! ¿Cómo estás?

Ella no le contestó, sólo se limitaba a mirarle y en sus bonitos ojos habían destellos de una gran admiración.

Como permanecía en la misma posición, Richard se acercó adonde ella estaba y cogiéndola por ambas manos le dijo:

—Adelante, muñeca, adelante... Estás en tu propia casa...

Ante las palabras irónicas del comandante, pareció que la joven salió de su letargo y su rostro sufrió tal mutación que Richard llegó a temer por su integridad facial.

Como reflejo de sus temores, se llevó ambas manos a las mejillas y manifestó simulando temor:

—No creo que me haya hecho acreedor a un castigo por lo que he dicho.

Paizik, sin poderlo evitar, se puso a reír y Richard, bajando las manos, suspiró al decir:

—¡Vaya, esto está mejor!... Así estás... bueno, más preciosa.

—Richard..., he venido para darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros, con tu inteligencia...

—Sí, entiendo... Has venido a rendir pleitesía a los guarismos. ¿No es eso?

—Exacto. Mi admiración por tu inteligencia ha aumentado en gran manera. He sido informada de tu comportamiento inmejorable.

—Sí, un comportamiento inmejorable en una operación que ha sido un fracaso.

—Pero sin tu intervención, a estas horas sería un desastre.

Richard Daln no la escuchaba, sentía una rabia enorme. Creyó que la muchacha fue a él por la atracción hombre, pero le salió con la inteligencia y .los dichosos

guarismos...

Era como para reírse de su propia petulancia. No le estaba mal empleado, por imbécil.

Como ella sacó la cuestión de aquella incursión fracasada que le quemaba la sangre, se acogió a ello para manifestarle desabridamente:

—Todo ello se lo debes a alguno de tus compatriotas
que se han encargado de que resulte un fracaso. Tener
que sacar de apuros a quienes poseen tantos guarismos...

Paizik se quedó un tanto desconcertada ante la reacción de él y trató de justificarse:

112 —

—Richard..., yo no he tratado de ofenderte. Mis palabras son sinceras. Todos sentimos una gran admiración hacia ti por tu arrojo e inteligencia...

—¡Alto! No vayas a nombrarme los guarismos porque esa palabreja me saca de mis casillas. Por lo visto, vosotros cifráis el valor del ente humano.

—En efecto, así es.

—Pues esto no basta. El ser humano, por el hecho
de serlo, precisa de otros sentimientos, de reciprocidad
en afectos, de corazón.

—Ya dejamos sentado que el corazón es mera función mecánica.

—Estás en un error, Paizik. Nosotros, los terrícolas,
centramos' en ese órgano la representación del santuario
de los sentimientos humanos. Un hombre o una mujer,
precisan de otros afectos además de su inteligencia;
precisan del amor.

—Eso será en vosotros. A nosotros nos basta la inteligencia.

—Le concedéis a ese factor un valor material desmesurado; hay que dar paso al espíritu, a esos sentimientos tan sublimes que nacen entre un hombre y una mujer, a esa relación que ayuda a apreciar la vida como

algo maravilloso.

—En eso nunca llegaremos a un acuerdo. La vida hay que verla como es: un nacimiento, un trabajo en la comunidad, un morir.

—A esto le llamo yo una vida vacía, pues convendrías conmigo que es como la existencia de un robot, insensible a todo.

—Quizá entonces se alcanzara la perfección humana siendo robots.

— 113

Richard se puso a reír a carcajadas y Paizik le miró extrañada por aquella reacción. Le preguntó:

—¿Qué te ha hecho tanta gracia?

Cuando pudo contener su hilaridad, le contestó:

—Es que por un momento imaginaba a una esposa robot haciéndole el amor y me contestara que tal engranaje de la fibra sensible se había descompuesto y no podía corresponderme.

—Pues no le veo la gracia por ninguna parte.

—Vamos a ver, muñeca... ¿Tú has venido a verme sólo para darme las gracias y alabar mi inteligencia?

—Claro, sólo por eso.

Le cogió una mano y se la acarició al tiempo que le preguntaba:

—Y al tener yo tu linda mano entre las mías, ¿no sientes nada?

—Tu simple contacto.

—¿Y nada más?

—Nada.

Entonces él la cogió por los hombros y le indicó:

—Mírame a los ojos.

Ella obedeció sumisa. Richard la contemplaba de forma intensa y en aquellos ojos maravillosos de la joven pudo descubrir cierta inquietud.

—Siento admiración por tu inteli...

—Paizik... ¿Qué sientes ante mi proximidad?

Richard no la dejó terminar. Casi con rabia selló sus labios con un beso prolongado que casi ahogó a la muchacha.

Luego se separó de ella y, tenaz, repitió la pregunta:

—¿Qué sientes ahora?

Paizik bajó la cabeza sin atreverse a mirarle. Luego, pausadamente, le contestó confusa:

114 —

—No sé... Es algo que desconozco y por tanto no puedo definir.

—Ese algo que desconoces es lo que nosotros llamamos amor, lo que nace entre una mujer y un hombre que se atraen...

—La procreación...

—La procreación es un hecho natural y sublime cuando está presidido por este sentimiento, por este afecto mutuo y maravilloso.

—Yo no sé...

—Lo sabrás, muñeca. Yo me encargaré de ir enseñándote, de despertar en ti las fibras sensibles para que me quieras como yo ya te estoy queriendo a ti.

Richard la rodeó por la cintura y la besó de nuevo,

pero ahora lo hizo con delicadeza, con dulzura.

Ella dejó que le otorgara aquella caricia, pero se

mantenía insensible, inerte ante el contacto del hombre.

A Richard le dio mucha rabia esto. Era como si estuviera acariciando a una bella escultura, como si sus besos se estrellaran contra unos marmóreos labios muy

bien tallados, como si las caricias que le prodigaba, las

otorgara a un cuerpo sin vida.

Estaba a punto de estallar pero se contuvo. Comprendió que no debía de forzar la transformación en aquella criatura maravillosa a la que estaba queriendo

más de lo que imaginó.

También se dijo que debía de tener paciencia y dar

tiempo para que ella fuera asimilando todo aquello que

permanecía en su interior aletargado.

Presentía que cuando ella reaccionara con toda su

vehemencia de mujer, sería maravillosa la existencia a

su lado.

— 115

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dejar

de abrazarla y controlar todo su tropel de emociones.

La cogió por un brazo y la llevó hacia un asiento.

Ella se portaba dócilmente, como si fuera una niña.

Richard dejó pasar un momento para terminar de

serenarse y decirle a continuación:

—Agradezco de corazón tu visita, Paizik, por dos conceptos: primero, por proporcionarme la dicha de tenerte tan cerca, y segundo, por tener la ocasión de haberte

dicho todo eso y que no dudo que tú irás tratando de asimilar. ¿Me lo prometes?

—Sí, Richard, te lo prometo.

En aquel momento sonó el sistema de comunicación por el que se reclamaba la presencia de Paizik.

Antes de irse, Richard le dijo:

—Dile al Zik que estoy preparando el informe y quiero mantener otra entrevista con él. Pero en esta ocasión nada de notas, quiero que me lo digas tú en persona. ¿De

acuerdo, muñeca?

—Sí. Cumpliré tu encargo y vendré a por ti. ¿Satisfecho?

—No del todo.

Y enlazándola por la cintura besó sus jugosos labios y luego:

—Ahora sí, satisfecho plenamente.

La muchacha se alejó con el rostro iluminado por el brillo de sus ojos y su cautivadora sonrisa.

* * *

Cuando quedó solo, a Richard le costó concentrarse

para proseguir con el informe que había prometido presentar.

116 —

La imagen de aquella maravillosa mujer no se apartaba de su mente.

Como le faltaban unos datos que se dejó anotados en la cabina de su nave, se levantó y se dirigió hacia el hangar.

Nada más entrar en el amplio recinto, le extrañó que el acceso a la «6-R» estuviera abierto.

Después pensó que alguno de sus hombres estaría terminando un trabajo. Acto seguido rechazó este pensamiento, puesto que les había concedido un merecido asueto.

Decidió ocultarse y como medida preventiva se puso en comunicación directa con el Zik, que le dio la clave de su llamada particular para algún caso de urgencia.

—El comandante Richard Daln al habla, señor.

—Sí. Dígame.

—Preciso que me mande con urgencia a la puerta Este de acceso al hangar que ocupamos, al jefe de su guardia personal y dos oficiales. Que vengan armados y traigan un arma para mí.

—¿Sucedre algo grave?

—Pudiera ser.

—¿No podría decirme...?

—Perdone, señor. Ya le explicaré. Ahora urge la presencia de sus hombres.

—Se los mando al momento.

A poco estaban con él las personas que había requerido llevando consigo sus armas y una para Richard.

Este, en pocas palabras, les puso en antecedentes:

—El acceso a la nave, por precaución, permanece cerrado a no ser que haya alguien de nosotros presente.

—Puede tratarse de alguno de sus hombres —apuntó el jefe de la guardia.

— 117

—Descartada esa posibilidad. Mis hombres estarán muy ocupados con las muchachas de su preferencia.

—Entonces, ¿cree usted que...?

—Pues que quizá salga de ahí la clave de quiénes actúan en la sombra y dan información a nuestros enemigos.

—¿Quiere decir, señor?

—Tengo esa corazonada. Sólo nos cabe esperar para saberlo.

A poco, por el acceso de la «6-R» apareció un rostro femenino que miró con precaución a ambas partes del hangar. Luego hizo una seña y la mujer y un hombre descendieron por la rampa. Una vez en el suelo, manipularon un mando de un pequeño aparato que llevaban consigo y el acceso de la nave se cerró.

Todavía no habían podido ver sus rostros por hallarse de espaldas adonde estaban Richard y los tres hombres, pero al encaminarse hacia una de las puertas

de salida del hangar, pudieron descubrir quiénes eran.

La mujer se trataba de Ruizik, la joven morena, y el hombre era el Ejeizik...

Esto desconcertó a Richard. Lo de la muchacha lo

esperaba, pero sí se sorprendió de aquel hombre tan callado y comedido. Sus sospechas habían recaído en el propio Luerzik.

El jefe de la guardia preguntó:

—¿Les detenemos, señor?

La mente de Richard Daln era un torbellino e inquirió:

—¿Hay probabilidad de seguirles sin ser vistos e interceptar una posible emisión?

—Sí, por el sistema de alta emergencia. Mandaré a

118 —

un oficial para que se lo comuniqué al Zik, que es quien dispone de los mandos.

—Pues rápido, no hay tiempo que perder. Mientras les seguiremos nosotros tres.

A una distancia prudencial, para no ser descubiertos, iban siguiendo los pasos a aquellos dos furtivos personajes.

Se habían metido por un vericuelo de pasillos con muchos recodos, lo que les permitía andar a corta distancia.

Pero al torcer un recodo que desembocaba a un espacio más amplio, de los perseguidos no se vio ni rastro.

—¡Maldición, les hemos perdido! —exclamó Richard furioso.

—No se apure, señor. El sistema de alta urgencia está funcionando.

Le manifestó el jefe de la guardia cachazudamente, para luego añadir:

—Ahora mismo sabremos dónde se hallan.

Y sacándose del bolsillo un diminuto emisor-receptor,
le aclaró:

—Estos aparatos únicamente los poseemos la guardia
del Zik y funcionan cuanto el sistema de alta urgencia
está en marcha.

Luego habló en su lenguaje para luego permanecer
callado, a la escucha. Después, le comunicó a Richard:

—Señor, el hombre y la mujer siguen controlados. El
Zik ruega que vaya a verle. Mi oficial le acompañará. Yo
tengo una misión que cumplir.

— 119

CAPITULO XIV

A los pocos segundos estaba en una estancia que era
un verdadero puesto de mando: controles, computadoras, pantallas,
emisores...

Richard quedó impresionado ante tal profusión de
aparatos y más todavía por la presencia de Paizik, que

le recibió con una de sus mejores sonrisas y con disimulo le estrechó
su mano, circunstancia que tuvo el poder de alterar sus pulsaciones,
además del rayo de esperanza

que le transmitieron aquellos ojazos maravillosos.

Lo que no le hizo tanta gracia fue que el Luerzik también estaba allí,
contrariándole que el Zik no fuera más precavido.

El Zik le recibió con estas palabras:

—Comandante Richard Daln, todos los habitantes de
este planeta nunca le podremos agradecer cuanto ha

hecho por nosotros. Creo que la ignominia de unos abyectos seres está a punto de descubrirse. Por eso he recabado la presencia del Luerzik como parte interesada

por su colaboradora y por un componente de la Asamblea. Observe la pantalla.

Richard se fijó en ella y vio cómo Ruizik y el Ejeizik llegaban ante un muro donde quedaba al descubierto una puerta.

120 —

Penetraron por ella. Un nuevo plano les enfocó dentro de la estancia, donde el Ejeizik se sentó en un sillón y Ruizik lo hizo en un brazo de éste, posando su mano en el hombro del hombre y con una pierna sobre la otra dejando al descubierto sus bien formados muslos.

Ruizik dijo gozosa:

—¡Al fin lo hemos conseguido!... Nuestro poder está próximo.

—Sí. Con estos dispositivos de esos imbéciles terrícolas, las naves amarillas y nosotros nos haremos los únicos dueños del Cosmos. Nuestro dominio será infinito.

—Ardo en deseos de que sea cuanto antes.

—Igualmente, Ruizik. Cuando llegue el momento, entonces sabrán quién soy yo y a qué quedarán reducidos esos decrépitos del Zik y su cuadrilla.

—Ya estoy saboreando el triunfo de antemano. A esa estúpida de Paizik la dejarás de mi cuenta. La estoy

odiando por su engreída suficiencia. ¡Tendrá que pedirme de rodillas que la desintegre...!

Mientras, allí en aquel puesto de mano se estaban registrando imagen y conversación entre aquellos dos seres desnaturalizados y esclavos de

sus propias ambiciones.

Paizik, cuando oyó lo que decía de ella Ruizik, se apretó más a Richard y se llevó la mano que tenía libre a la boca, para ahogar un grito de horror por los malos instintos de aquella mujer.

Siguieron atentos a las pantallas y vieron cómo el Ejeizik presionaba un resorte y el tablero de la mesa se abrió en dos, dejando al descubierto una emisora que ocupaba muy poco lugar.

— 121

Extendiendo unos papeles que llevaba él y otros que le entregó Ruizik, dijo:

—Nuestros amigos que han prometido ayudarnos en nuestros planes, van a tener lo que ellos no han conseguido en sus intentos, los secretos de la «6-R».

Y se dispuso a manipular en la emisora, efectuando la llamada clave.

Richard Daln, alarmado, miró al Zik. Este comprendió cuáles eran sus pensamientos y le tranquilizó:

—No tema, en cuanto se reciba respuesta de que están a la escucha, la emisión quedará interceptada y registrada. Será la última prueba de su culpabilidad, por si ya no tenemos bastante.

En otra pantalla se veía al jefe de la guardia personal del Zik con seis de sus hombres y con el mayor silencio, apostados a la entrada del lugar que ocupaban

aquellos traidores al planeta Aizik.

Se oyó la señal de escucha y el propio Zik accionó

una clavija y la emisión del Ejeizik quedó bloqueada.

Este, en un lenguaje que desconocía Richard, fue hablando y hablando hasta que terminó su información y luego recabó si habían captado el mensaje.

Todo esto lo intuyó Richard a través de la pantalla,

puesto que el Ejeizik, con cara de malévola satisfacción,

dobló los papeles que tenía ante sí a tiempo que repetía las mismas palabras.

Su fisonomía iba cambiando; primero, la extrañeza,

luego la duda y por último el terror al decir a su cómplice morena:

—Ruizik, nuestros amigos no dan acuse de haber recibido el mensaje.

—Es raro... ¡Insiste!

La muchacha mostraba en aquellos momentos su

122 —

nerviosismo y su modo de sentir. Más bien parecía una fiera acorralada.

Le contestó el hombre titubeante, aterrorizado:

—Ya lo he hecho varias veces y sin resultado.

—¡Quita de ahí, imbécil!

Y de un empujón casi lo mandó al suelo.

Desde el puesto de mando, el Zik dio una orden al

apostado jefe de su guardia, quien irrumpió en la estancia al frente de sus hombres y empuñando las armas.

Ruizik, que se disponía a manipular en la emisora, se

quedó anonadada y el hombre petrificado por el terror.

El jefe de la guardia dijo solemne:

—En nombre del Zik quedan arrestados.

La chica, pasado el primer momento de desconcierto, quiso apoderarse de un arma. Uno de los guardias se abalanzó sobre ella y no dejó que lograra sus propósitos, luego de forcejear con ella que demostró una fuerza insospechada. El jefe de la guardia en persona se hizo cargo de los papeles que había utilizado el Ejezik y de otros que descubrió en un rápido registro. Luego ordenó a sus hombres:

—En marcha.

Antes les fue colocada a los detenidos una escafandra oscura, que cerraba herméticamente y a lo que la joven se opuso tenazmente, sin poderlo evitar.

El Zik le aclaró a Richard:

—Esa escafandra está sometida a control remoto. En caso de huida, queda desintegrado quien la lleva.

Los inculpados fueron llevados frente a los dos miembros de la Asamblea reunida en aquella amplia estancia, en donde Richard ocupaba un lugar preferente junto a su querida Paizik.

— 123

El Zik le entregó a Richard unos papeles y un rollo de cinta magnetofónica, indicándole:

—Comandante, esto es de su propiedad, lo que le han usurpado.

Richard dio un vistazo y no pudo comprender cómo

aquellas malévolas mentes habían logrado sacar una aproximada idea de los sistemas de la «6-R».

Richard comentó:

—Gracias, señor.

Acto seguido se sometió a juicio a los reos, quienes abrumados ante tan contundentes pruebas, no se opusieron a dar toda la información que se les solicitó.

Por suerte, únicamente eran aquellas dos mentes enfermas de ambición y maldad quienes componían aquel complot y pacto con el enemigo.

La sentencia fue inflexible:
condenados a perpetuidad.

* * *

La operación contra el planeta de las naves amarillas fue un éxito en todos los sentidos.

Richard Daln fue nombrado comandante en jefe y una vez más pudieron comprobar los tripulantes de las naves del planeta Aizik, la pericia y el arrojo de aquel hombre.

En esta ocasión no hubieron traiciones. En el primer embate inmovilizaron las bases de lanzamiento de las naves amarillas en sus principales centros.

Posteriormente tomaron tierra y con los vehículos que desembarcaron, redujeron las defensas con que

contaban.

124 —

Fue una sorpresa tan grande para el enemigo, que ante la magnitud del castigo infringido, no les quedó más remedio que capitular.

Se concertaron pactos de no agresión con los planetas Aizik y Tierra, respeto mutuo a los demás habitantes de otros planetas, devolución de cuantas personas habían raptado y a las que tenían sometidas principalmente en trabajos de servidumbre.

Cuando regresaron al planeta Aizik, ya enterados en todos sus pormenores de cuanto se había realizado, el recibimiento fue apoteósico.

Pero lo que más caló en el corazón de Richard fue el comportamiento de Paizik.

Nada más verle, sin importarle la presencia de los demás, corrió a su lado y se abrazó frenéticamente a él ofreciéndole sus labios, a tiempo que en sus bonitos ojos había rastro de lágrimas.

—¡Richard querido...! ¡Cuánto me has hecho padecer!

Richard no salía de su asombro.

—¿Te has dado cuenta de que me has llamado querido, muñeca?

Ella bajó un poco la cabeza turbada y balbució:

—¿Sabes...? He meditado, como te prometí, sobre

tus palabras y se ha despertado en mí eso que dices se

llama amor.

—¡Paizik...! ¿Y todo eso de los guarismos, de la función mecánica del corazón...?

La muchacha sonreía feliz y haciendo caso omiso de sus bromas le manifestó:

—Dijiste algo muy bonito que me ha calado muy hondo referente al corazón: «Nosotros Centramos en ese

— 125

órgano la representación del santuario de los sentimientos humanos». Y he querido imitarte...

—¡Bendita seas, mujer! Te juro que constituyes mi mayor triunfo.

Iba a estrecharla de nuevo, pero la presencia del jefe de la guardia personal del Zik se lo impidió al decirle:

—Señor, el Zik ruega su presencia junto con su tripulación.

Fueron conducidos ante la Asamblea con todos los honores y Paizik no se separó de Richard un momento.

El recinto estaba repleto y todos se levantaron y prorrumpieron en vítores cuando apareció la tripulación de la «6-R».

Luego se hizo un silencio y el Zik tomó la palabra:

—Señores, una simple palabra, pero que encierra mucho: Gracias, simplemente gracias.

Los vítores se repitieron y les colmaron de honores con las más altas condecoraciones, y a Richard con el título de jefe supremo de las naves de Aizik.

El Luerzik estrechó la mano de Richard y en su mirada hubo una solicitud de perdón por los roces que habían tenido. El comandante de la «6-R» se la estrechó

sin rencor.

Richard y Paizik giraron una visita al Zik. Nada más entrar, el comandante dijo:

—Señor, solicito de usted un señalado favor.

—¿Cuál es?

—Que me conceda a Paizik por esposa.

—Eso lo ha de decir ella. ¿Quieres ser su esposa, Paizik?

—Sí, señor.

126 —

—Comandante, me va a privar de mi brazo derecho.

Hasta en eso ha obrado con inteligencia al ganar la de Paizik.

—No, señor. He ganado su corazón.

Una nave surcaba el espacio infinito camino de la galaxia Solar, una nave con una mujer y seis hombres, y un comunicado fue lanzado al éter.

Tan sólo decía esto:

—Comandante de la «6-R» a Tierra. Misión cumplida.

F I N

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



*Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la*

"CIENCIA-FICCION"
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain